

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

**FACULTAD ECLESIAÍSTICA DE CIENCIAS
FILOSÓFICO TEOLÓGICAS**

ESCUELA DE TEOLOGÍA

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIADA EN TEOLOGÍA**

DIOS VERDADERA FELICIDAD DEL SER HUMANO

Autora: MAYLA ASUNCIÓN IBARRA PÉREZ

Director: Mgt. JOSÉ GUERRA CARRASCO.

QUITO, 2014.

DEDICATORIA

Este trabajo lo dedico a las y los jóvenes con quienes he compartido mi vida en distintos lugares del país, que con sus inquietudes despertaron en mí el deseo de realizar este estudio. A mis hermanas de comunidad, quienes trabajan en la misión con campesinos e indígenas. A las jóvenes voluntarias que comparten su vida en nuestras comunidades.

Mayla

AGRADECIMIENTO

Agradezco a Dios por el don de la inteligencia y la constancia, por darme la oportunidad de conocerle un poquito más a través del estudio de la teología. A mis padres por su apoyo incondicional, a mis hermanas y hermanos por su preocupación y ánimo constantes. A las Hermanas Dominicanas de la Inmaculada Concepción, quienes me han motivado y apoyado en este camino de conocimiento de Dios. A las profesoras y profesores que han impartido sus conocimientos. A mis compañeras y compañeros, quienes me han ayudado a desarrollar la paciencia y la aceptación de quien piensa distinto. A David de la Torre y José Guerra, quienes han sabido orientar este trabajo con sabiduría y entrega.

Mayla

RESUMEN EJECUTIVO

La aspiración a la felicidad está inscrita en lo más profundo de la historia humana, tanto de la historia personal como de la comunitaria. El ser humano busca incesantemente, por distintos medios, ser feliz. Sin embargo, no ha logrado alcanzar su felicidad a plenitud. Por el contrario, se ha esclavizado en sus propios deseos, tratando de llenar su vida de aquello que cree encierra la felicidad: el poder, la fama, el placer y el dinero.

Pero, al poseer esos bienes, descubre que la felicidad es momentánea, que le deja un profundo vacío y una sensación de que quiere alcanzar “algo más”. Por eso, este trabajo trata de dar respuesta a esta honda pregunta. En una sociedad donde prevalece el tener, el poder y el placer, *¿por qué el cristianismo debe seguir anunciando que el camino para alcanzar la verdadera felicidad son las Bienaventuranzas?*

Todos y todas deseamos ser felices, puesto que la felicidad es la tendencia más profunda del ser humano. Jesús nos muestra el camino efectivo para conquistar esa felicidad. Ese camino son las Bienaventuranzas, que no es otra cosa que la dicha del no tener, del no poder, de negarse a sí mismo, y de vivir intensamente el amor gratuito al prójimo. Esto es lo que lleva al ser humano a ser feliz, porque la verdadera felicidad la encontramos en Dios.

Jesús, con su estilo de vida, nos muestra el camino para alcanzar la verdadera felicidad, perfila el camino para sus discípulos y discípulas. Es decir, Él es el camino, porque las Bienaventuranzas son su autobiografía, donde muestra que es posible ser felices con un estilo diferente al que el mundo ofrece. Los que sufren, los que lloran, los pobres, los perseguidos y los pacíficos, son los felices; ellos no viven una ilusión futura, porque su felicidad la empiezan a vivir aquí y ahora, es un anticipo de lo que será la felicidad eterna.

Entonces, para alcanzar la felicidad se debe vivir las Bienaventuranzas, las que implican optar por un estilo de vida pobre, que trae consigo renunciaciones, incluso de uno mismo, para liberarse de todo aquello que ata. En otras palabras, se trata de dejar que Dios reine en nuestras vidas; eso implica poner toda la confianza en Él. Esto hará que la vida se llene de sentido, y así se empieza el camino a la felicidad. Sin libertad y sin dignidad no se puede ser feliz. Y un modo de ser feliz es ser cristiano, es decir, hombres y mujeres de Cristo, que incorporan las Bienaventuranzas en su vivir y quehacer cotidianos.

ABSTRACT

The desire for happiness is inscribed in the depths of human history, both the personal history and the community history. Human beings constantly intend to be happy in different ways. However, they have failed to fully achieve happiness. On the contrary, they have become slaves of their own desires by trying to fill their lives with what they believe holds happiness: power, fame, pleasure and money.

However, when human beings own such property, they discover that their happiness is momentary, that it leaves a deep void and a feeling as if they wanted to achieve "something else". Therefore, this paper tries to answer this deep question. In a society where having possessions, power and pleasure prevails, *why must Christianity continue to proclaim that the Beatitudes are the way to achieve true happiness?*

Everyone wants to be happy because happiness is the most profound human tendency. Jesus shows us the effective way to conquer that happiness. That way is the Beatitudes, which is nothing but the joy of not having, of any power, of self-denial, and of intensely living free love for our neighbors. This is what leads human beings to be happy because true happiness is found in God.

With his lifestyle, Jesus shows the way to achieve true happiness and he shapes the way for his disciples. In other words, Jesus is the way, because the Beatitudes are his autobiography, which shows that it is possible to be happy with a different style from the one the world offers. Those who suffer the ones who mourn, the poor, the persecuted and the peaceful are the ones who are happy; they do not live a future hope because they begin to live their happiness here and now. It is a foretaste of what eternal happiness will be like.

Thus, in order to achieve happiness you must live the Beatitudes. They involve opting for a poor lifestyle that brings detachment, even from oneself, in order to free oneself from all that binds. In other words, this is about letting God reign in our lives; this means putting all trust in Him. This will cause life to become full of meaning, and this is the way the path to happiness begins. One cannot be happy without freedom and dignity. And a way of being happy is being a Christian, that is, men and women of Christ, incorporating the Beatitudes in their daily living and doing.

ÍNDICE

Dedicatoria.....	i
Agradecimientos.....	ii
Abstract.....	iii
Índice.....	v
Introducción.....	1

I. CAPÍTULO I: El ser humano en búsqueda de la felicidad

1.1 El ser humano y la felicidad.....	6
1.2 El aporte de la filosofía a la felicidad.....	11
1.3 El ser humano y la trascendencia.....	16

II. CAPÍTULO II: El ser humano creado por Dios, encuentra su felicidad en Él

2.1 Las Bienaventuranzas camino de felicidad.....	20
2.2 Reflexión teológica de las bienaventuranzas que nos enseñan a morir (hombre viejo)	
2.2.1 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.....	26
2.2.2 Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.....	29
2.2.3 Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados.....	31
2.3 Reflexión teológica de las Bienaventuranzas sobre el secreto de la vida	
2.3.1 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.....	33
2.3.2 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.....	34
2.3.3 Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.....	35
2.3.4 Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.....	36
2.3.5 Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.....	38

II. CAPÍTULO III: Las bienaventuranzas como anuncio de la felicidad.

3.1 El método de Revisión de vida.....	42
3.1.1 En qué consiste la Revisión de vida.....	43
3.2 Los pobres, sujetos centrales de la vida cristiana (Ver).....	44
3.3 La opción de Jesús por los pobres (Juzgar).....	51
3.4 Respondiendo a las necesidades del pobre (Actuar).....	56
IV. CONCLUSIONES.....	63
V. BIBLIOGRAFÍA.....	69

INTRODUCCIÓN

La búsqueda de la felicidad emana de la esencia de nuestro ser. En nada coincidimos más los seres humanos que en querer ser felices; y en pocas cosas nos diversificamos más que en el cómo y en dónde encontrar esa felicidad. La felicidad es el deseo primario que todo ser humano quiere alcanzar y lucha para obtenerlo. Aristóteles sostenía que: "*la felicidad es como un bien supremo, es aquello que da sentido y finalidad a todo otro fin querido por el hombre*"¹.

El ser humano cree alcanzar su felicidad cuando gana más dinero y más bienes obtiene; cuando se siente famoso, reconocido y querido por los demás; cuando satisface sus necesidades de alimento, vestido, entre otros bienes que aportan felicidad, sí, pero felicidad momentánea. El sexo es uno de los deseos que cobra mayor importancia en nuestra sociedad. Eso es una falsa felicidad.

Existen personas que han puesto sus esperanzas e ilusiones en satisfacer las necesidades propias de su mundo material. Este tipo de sociedad consumista invita constantemente a disfrutar de la vida, a satisfacer las necesidades y los deseos, a pasar bien un rato, a vivir el momento. Lo que importa es pasarla bien. Sin embargo, bajo el influjo de esta sociedad, el ser humano cada vez se siente más insatisfecho, no encuentra el camino viable para alcanzar la plena y verdadera felicidad. Es decir, la característica de esta sociedad es el predominio del ego en el ser humano. El ego obtiene la felicidad por medio de la satisfacción de intereses y deseos propios, pero eso conlleva una serie de aspectos negativos, como es la tendencia al inconformismo y la desconsideración con respecto a los demás.

El ser humano parece más preocupado por pasar lo mejor posible su vida, sin ser capaz de asumir compromisos, ni realizar grandes esfuerzos por lograr sus objetivos y sus sueños. Inserto en una sociedad donde no hay verdad ni mentira, y donde sólo vale ser feliz

¹ Vernealux, Roger. *Textos de los grandes filósofos*. Barcelona: Herder, 1988, p. 85.

a corto plazo, a cualquier precio, el ser humano vive sin preocuparse si aquello afecta a la dignidad de los demás.

Estos son rasgos puestos de manifiesto en nuestra sociedad posmoderna, ya que condicionan las elecciones valorativas que hacen las personas e impregnan su modo de actuar. Vivimos en una cultura que privilegia los planteamientos científicos y da preponderancia a lo racional, desde donde se piensa que la vida es “para gozarla”, y buscan ansiosamente todo tipo de diversiones y de placeres. La vida pasa rápido—dicen ellos— y hay que gozarla mientras sea posible.

Se cree que, lo más importante en la vida es tener, es decir adquirir mucho dinero para comprar los bienes deseados: una buena casa, carros de lujo, ropas de marca. Otros, en cambio, sueñan con tener una buena posición económico-social. Al final, el único ideal que tienen en la vida es sentirse poderosos, reconocidos y satisfechos. Pero, alcanzar estos deseos individuales no deja de ser parte de una felicidad momentánea, descomprometida, ajena a la vida que deja un vacío en el corazón de la persona que intenta ser feliz por esos caminos.

Al final, la búsqueda de felicidad es una acción constante en la vida del ser humano, ya que una vez logradas las metas propuestas, surgen nuevos objetivos que orientan el camino para el logro de la felicidad. Por eso, podemos cuestionarnos que si la felicidad es un proceso dinámico, tenemos que repensar las razones y los medios para ser felices. ¿Dónde, entonces, debemos buscar la felicidad? ¿En acontecimientos externos y materiales o en nuestro interior?

Entonces, vivimos en una sociedad donde cuenta quien más bienes posee, y se rechaza a quien menos tiene (el abandonado, el excluido, el pobre); más aún, esta es una sociedad donde quienes tienen relevancia y prestancia son los poderosos, los que tienen éxito, los que han acumulado dinero, títulos, prestigio y fama. Aquí, pareciera que no cuentan los sentimientos del ser humano, sino el deseo de alcanzar objetivos mezquinos, que muchas veces significan pasar por encima de todos (especialmente los pobres) y de todo (aun la ley).

Es decir, estamos frente a una sociedad individualista y extremadamente competitiva, que no da importancia a lo que es la persona, sino a lo que tiene. Esto se agrava cuando constatamos que, muchas veces, aquello que pensábamos que nos iba a satisfacer plenamente, no nos alcanza a responder a las necesidades humanas más hondas, pues una vez que lo obtuvimos, nos dimos cuenta que no estábamos satisfechos como hubiésemos querido. Por ello, podemos ser enfáticos y sostener que hasta ahora, ninguno de esos medios ha sido un camino confiable para alcanzar la felicidad humana plena.

Lo que nos pone frente a un desafío: el ser humano tiene que seguir en constante búsqueda para alcanzarla plena felicidad. Y parece que sí hay caminos alternativos. Hay personas que han buscado la felicidad no fuera de ellas, sino desde dentro de sus corazones, desde la libertad, el amor, el servicio, el respeto y promoción de la dignidad humana. Son personas que no se han conformado con sólo tener bienes materiales y disfrutarlos, sino que buscaron alcanzar sus ideales más profundos, es decir alcanzar aquella felicidad que no se acaba.

Son personas que han buscado el camino de divinización y plenitud de la vida, porque entendieron que la esencia de una vida bien vivida es la felicidad. Dios nos quiere felices. Esto es capital para todos, pero de manera especial para los cristianos y cristianas, que estamos llamados no sólo a vivir la felicidad, sino a generarla para todo el mundo; una felicidad profunda, humana, personal y social, que afecte el presente y el futuro, es decir, felicidad que dé sentido a toda la existencia.

El sentido de nuestra existencia sólo lo encontramos en Dios. Cuando somos capaces de reconocer a Jesús, quien nos ofrece su estilo de vida como un nuevo camino para alcanzar la verdadera felicidad, entonces podremos ser felices, pero con una felicidad que supera de largo aquella que nos pueden traer los bienes materiales. Con esa felicidad se puede empezar a vivir aquí y ahora, emprendiendo el camino con el amor al prójimo, amor gratuito, generoso, oblativo, la igualdad y el servicio que empieza a dar los primeros indicios de la felicidad.

Por eso, en una sociedad donde prevalece el tener, el poder y el placer, esta disertación busca dar respuesta a la pregunta: *¿Por qué el cristianismo debe seguir anunciando que el camino para alcanzar la verdadera felicidad son las Bienaventuranzas?*

Lo que se desea demostrar con esta hipótesis es que todos y todas deseamos ser felices, ya que ser felices es la tendencia más profunda del ser humano, que busca constantemente su plena realización. Y, en ese sentido, Jesús nos muestra el camino efectivo para conquistar esa felicidad; ese camino son las Bienaventuranzas, que no es otra cosa que la propuesta de Jesús de vivir la dicha del no tener, del no poder, de negarse a sí mismo. Esto es lo que lleva a los seres humanos a ser felices. La verdadera felicidad la encontramos en Dios, en una confianza absoluta en Él.

Este trabajo se desarrolla en tres capítulos que abarcan tres perspectivas de análisis del tema: la visión antropológica, la visión bíblico-teológica y la visión pastoral. Así, desde diferentes perspectivas se buscará dar respuesta a la pregunta planteada.

En el **primer capítulo** se aborda el tema: *“el ser humano en búsqueda de la felicidad”*. Allí se da una visión de la felicidad como motivación primaria de la persona humana. Desde el aporte de la filosofía, estudiaremos que la felicidad, según las reflexiones hechas por algunos filósofos, es el fin último de toda actividad humana. Esta felicidad, según esta visión, se alcanza mediante el ejercicio de las virtudes: y, el ser humano es capaz de alcanzar la trascendencia, pues es un ser que está llamado a trascender, a pesar de la finitud de su sistema. El ser humano siempre busca alcanzar algo más, es decir, desea ser feliz a plenitud.

En el **segundo capítulo** se aborda el tema: *“El ser humano creado por Dios encuentra su felicidad en Él”*. Allí se desarrolla el análisis teológico de las bienaventuranzas. Se toma la versión del Evangelio de Mateo para trabajar el tema, pues allí Jesús presenta una especie de síntesis de toda su enseñanza, lo que hoy podemos resumir con propiedad llamándole “la ética superior de los cristianos”. Las bienaventuranzas establecen un orden nuevo, una escala nueva y novedosa de valores: antes que aquellos valores que la ley judía destacaba como máximos (cumplimiento, pureza, santidad, etc.) se plantean como primarios, los valores que reconocen y acogen a

los seres humanos. Jesús, al proponer la felicidad desde una opción por la pobreza, limpieza y paz, lo que hace es promulgar todo un nuevo estilo de vida, de una lógica inexorable para un seguidor o seguidora de Jesús.

En el **tercer capítulo** que se titula: “*Las Bienaventuranzas como anuncio de la felicidad*”, nos adentraremos a un Jesús que es la Bienaventuranza definitiva, pues es Él quien llevó un estilo de vida pobre y optó por los excluidos, por los últimos, por los pobres. Desde su coherencia de vida, Él nos invita a hacer este camino junto a Él. Este capítulo se desarrolla con base al método llamado “Revisión de vida”.

Es decir queremos *Ver* la realidad del pobre que es el sujeto central de la vida cristiana; queremos *Juzgar*, haciendo un recuento de la opción de Jesús por los pobres y, finalmente, queremos *Actuar* como Iglesia, tratando de responder a las necesidades de los pobres, en plena comunión con las directrices de la Doctrina Social de la Iglesia, de los documentos de la Iglesia de América Latina y el Caribe (documentos de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida), que nos llaman a una pastoral, cualquiera esta sea, que se haga desde los pobres, con los pobres y para los pobres.

Finalmente, nos acompañará, como especie de eje transversal, de esta investigación, la convicción de que, desde los deseos y vicios humanos, nadie es capaz de llegar a ser verdaderamente feliz, mientras que con el ejercicio de las Bienaventuranzas sí podemos lograr dicha felicidad, y de paso podremos hacer felices a los demás.

Por lo tanto, sólo el que opta por vivir una vida pobre, es capaz de permitir que Dios reine en su vida. Eso le hace llevar una vida plena y feliz. En ese sentido, Jesús presenta un camino seguro para alcanzar la felicidad, que implica devolver la dignidad a los excluidos, a los abandonados, a los pobres. Será el ser humano quien, desde su plena libertad, deberá escoger el camino. Al final, no se puede servir a dos señores...

CAPÍTULO I

EL SER HUMANO EN BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD.

1.1. El ser humano y la felicidad

El término “felicidad” es tan complejo que requiere varios términos para designarlo: cumplimiento, vida buena, digna de vivirse, plena de significado, realización de uno mismo, perfección, integración, identidad; cualidad de la vida, bienestar de la persona².

La felicidad es lo que todos necesariamente deseamos. Ella es la búsqueda constante del ser humano; ella está inscrita en lo más profundo de la historia humana. En último término, es el sentido de la propia existencia humana. De ahí que nace por reacción la necesidad urgente e indiscutible de encontrarle a la vida un significado último y definitivo por el cual la vida merezca vivirse. Y esta es, sin duda, como dice Maslow, “*la motivación primaria del hombre*”³. Porque, el hombre es el único ser que se pregunta por sí mismo, por su naturaleza, por su destino, por el sentido de su vida. Es por eso que los seres humanos, a diferencia de los animales, buscan una libertad definitiva, un fundamento eterno para el amor, una razón válida para esperar, es decir, para hacer realidad el deseo de vivir siempre felices.

Unos piensan que la felicidad es un estado de satisfacción que se produce en la persona cuando cree haber alcanzado una meta deseada. Tal estado propiciaría paz interior y al mismo tiempo estimularía a conquistar nuevas metas. Se puede decir que es como una condición interna de satisfacción y de alegría.

² Cf. Abba, Giuseppe. *Felicidad Vida Buena y Virtud*. Barcelona: EIUNSA, S.A., 1992, p. 49.

³Gastaldi, Ítalo. *El Hombre un Misterio*. Quito: Ed. Don Bosco, 5^{ta}. edición, 2001, p. 27.

Según André Maurois, para ser feliz *“hace falta un poco de cielo azul encima de nuestra cabeza, un vientecillo tibio, la paz del espíritu”*⁴. Es posible aspirar a ser felices en esta vida, como lo demuestra el hecho de que haya mucha gente que se confiesa como muy felices, lo que es algo que trasciende, que se nota. Pero, también la felicidad es algo que se puede aprender, puede escoger, se puede elegir. En una palabra, es algo que subyace al interior de toda persona humana.

Una persona feliz es la que se acepta como es, quiere ser lo que es y reconoce la vida que le ha tocado vivir. Se mueve en un terreno de la sencillez, de la naturalidad, de la espontaneidad y de la humildad. Sabe tejer el bello y policromado tapiz de la felicidad de su vida, con los múltiples y variados hilos de las pequeñas felicidades de cada día. Además, sabe que en el balance final solamente queda la felicidad que ha dado a los demás. Es por eso que jamás se afana o se inquieta por poseer mucho. Su secreto está en disfrutar plenamente de lo que tiene⁵.

La felicidad en algunos pensadores:

- *“La felicidad no es una posada en el camino, sino una forma de caminar por la vida”* (Viktor Frankl)⁶.
- *“La felicidad pertenece a los que se bastan a sí mismos, porque todas las fuentes externas de felicidad son, según su especie, inseguras, defectuosas, pasajeras y sometidas a la casualidad”* (Schopenhauer)⁷.
- *“No hay más que un modo de ser felices, vivir para los demás”* (L. Tolstoi)⁸
- *“No hagáis depender vuestra felicidad de los demás”* (Mne. de Maintenon)⁹

El deseo de alcanzar la felicidad en un futuro consiste en ser feliz ahora mismo, en el presente de cada día. Es no dejarse atrapar por los sentimientos negativos del pasado, cuyos recuerdos malogran y perturban el presente. Es saber que lo realmente cuenta para ser felices y triunfar en la vida en cuanto tarea se proponga, es triunfar primero sobre sí

⁴ Tierno, Bernabé. *Valores Humanos*. Madrid: Taller de Editores S.A. 5^{ta}. Edición, 1995, p. 193.

⁵ Cf. *Ibidem.*, pp. 194-195.

⁶ *Ídem.*

⁷ *Ibidem.* p. 202.

⁸ *Ibidem.* P. 206.

⁹ *Ibidem.* P. 209.

mismo, aceptándose y amándose como es, llegando a entusiasmarse con lo que tiene y de lo que vale.

Felicidad es aprender a vivir la vida con inmenso gozo; es descubrir que la esencia de la felicidad está en el gozo y en la gran satisfacción, plenitud y paz interior que proporciona el dar, la generosidad, la actitud de servicio, el vivir para hacer un poco más felices a los demás. Por lo tanto, *“la persona feliz lo es en cualquier lugar y circunstancia, porque la felicidad nace en el interior, se forja en el interior y se disfruta en el corazón”*¹⁰. La persona feliz es inteligente, no cesa de sembrar en su mente ideas positivas reconfortantes y de esperanza, vive cada momento al máximo de sus posibilidades, y proyecta sobre los demás su propia felicidad.

En la búsqueda de la felicidad, *“El ser humano es un eterno insatisfecho”*¹¹, que no se conforma con lo que tiene ni con lo que es. Por eso, algunos creen que pueden encontrar la felicidad en otros lares, por ejemplo en la riqueza, en el placer, en el poder, entre otros subterfugios. Hablando de la riqueza, podemos decir que existen dos clases de riquezas, a saber:

Las naturales y las artificiales. Las naturales son las que sirven al hombre para satisfacer sus necesidades naturales como son el alimento, la bebida, el vestuario, los vehículos, la habitación y otras cosas semejantes. Las artificiales son aquellas con la que, de suyo, no se ayuda a la naturaleza, como es el dinero, pero que el arte humano inventó para facilitar los cambios, a fin de que sean una medida de las cosas banales del comercio¹².

Es evidente que debemos reconocer que la felicidad no puede consistir sólo en las riquezas naturales, porque a éstas se las busca con otra finalidad que es ulterior, dígase para el sostenimiento de la naturaleza humana; por ello no puede ser fin último del hombre, sino que se ordena al ser humano como a un fin. De ahí que en el orden de la naturaleza, todas ellas están hechas por debajo del hombre, y hechas para servir al hombre. Las riquezas artificiales no se buscan, sino por las necesidades naturales, pues no se buscaría si

¹⁰ Ibídem. p. 197

¹¹ Gastaldi, Ítalo, op. cit., p. 66.

¹² González, Luis. *Ética*. Bogotá: 3^{ra}. Edición, El Búho, 2003, p.34.

con ellas no se lograra comprar las cosas necesarias para el uso o ejercicio de la vida; luego, tienen mucho menos razón de fin último, eso es imposible. Por consiguiente, el fin último de la persona no está en la riqueza¹³.

Respecto al placer, debemos decir que eso significa satisfacer los deseos, las necesidades, el disfrute de la vida en otras palabras, el placer es el medio para llenar las carencias humanas, y se cree que eso puede lograrse con mero esfuerzo humano y que es el mejor camino para ser inmensamente felices.

Pero no hay que confundir el placer que nos da el realizar ciertos actos que remueven las emociones y cuyos efectos se experimentan como efímeros, es decir, es una satisfacción nunca total, con la realización humana. La pasión del placer se supera y se eleva desde la donación. Si uno quiere vivir el placer de una vida sana, y la plenitud en el placer, debe comenzar por dar, entregar y entregarse. “*Hay más alegría en dar que en recibir*” (Hch 20,35b)¹⁴. Y si uno recibe es para dar más aún.

Para Aristóteles, la felicidad no consistía en los deleites corporales, ya que todo placer y gozo es de cierta forma, un accidente propio que se sigue de la felicidad, del bien conveniente, si de verdad es perfecto es la felicidad misma del ser humano¹⁵.

Finalmente, hablando del poder, podemos decir que es el principio del proceso humano, cuyo fin último debe ser la felicidad. El poder sirve para el bien y para el mal, mientras que la felicidad es un bien propio y perfecto del ser humano. Se podría decir que un cierto modo de felicidad se lograría con el buen uso del poder, mediante la virtud más que con el mismo poder. Pero la felicidad no está en el poder, porque al ser la felicidad el bien perfecto, no puede provenir de ella ningún mal para nadie, lo cual no ocurre con los bienes citados, ya que el ser humano se ordena a la felicidad por principios interiores, debido a que la misma naturaleza está hecha para ello. Así lo afirma el libro V de la *Metafísica* de Aristóteles¹⁶.

¹³ Cf. González, Luis. op. cit., p. 34.

¹⁴ Las cita bíblica son tomadas de la Biblia de Jerusalén, Bilbao: Ed. Desclée de Brouwer, 1999.

¹⁵ Citado por González, Luis, op. cit., p. 35.

¹⁶ Citado por González, Luis, op. cit., p. 34.

Y es así. El ser humanos se afana por adquirir poder en todas sus dimensiones. En la lucha entre clases sociales, en las familias, en los lugares de trabajo; todos quieren creerse los más importantes porque son “los que mandan”. La ambición del poder se puede superar desde el autodomínio propio, que no es otra cosa que la virtud de poder dominar y controlar el propio corazón y el propio cuerpo, dando a la capacidad del “poder” su lugar apropiado y su medida en la vida. Es decir, el poder debe ser canalizado al Bien común.

Otros han buscado otros caminos para llegar a la felicidad. Muchos piensan encontrar esa felicidad en el conocimiento, en la tecnología, en el éxito... y cuando han alcanzado lo que deseaban, en su corazón sienten que algo sigue vacío.

Hay miles de razones externas que se argumentan para inducirnos a creer que la felicidad está escondida detrás de una relación social, de un trabajo diferente, de poseer determinados bienes. Pero no, la felicidad se escapa una y otra vez para todos los que la buscan fuera de ellos mismos. Es evidente que la felicidad depende, en parte, de las circunstancias, de la forma de ver la vida, de poseer ciertas cosas materiales. Pero todo ello resultan ser medios y no se puede transformar unos medios en fin último.

Algunos piensan que el mejor camino para que el ser humano alcance su felicidad es adhiriéndose a un credo religioso. Pero, entonces, se podría argumentar que el ser humano que se sienta infeliz lo es debido a que ha optado por un credo infeliz, mientras que el ser humano feliz vive de un credo, indudablemente, feliz¹⁷.

Sin embargo, todos y cada uno de los seres humanos nos pasamos la vida buscando la felicidad eterna, el ser eterno que nos mantenga siempre felices. Se busca algo que nunca se acabe, una felicidad infinita, que sea capaz de llenar la vida en todos los momentos, con todas las personas y siempre. En el interior del hombre existe un afán de felicidad y de realización que es parte de su naturaleza humana. Esta felicidad tan ansiada, ese ideal de amor que no cesa, es muy difícil de encontrar, por no decir imposible. Muchos se han desviado en su búsqueda poniendo la felicidad en las cosas o en las personas, por lo que nunca van a dar con la satisfacción plena.

¹⁷ Para más datos sobre la infelicidad, Cf. Russell, Bertrand (1978), *La conquista de la felicidad*, Madrid: Espasa-Calpe, pp. 221-226.

Aspirar a la felicidad es desear tener una vida fructífera y plena, tener, aquí y ahora una vida dichosa. Es vincular la felicidad a la perfección de la naturaleza humana, perfección que en la moral cristiana se logra con la esforzada contemplación “beatífica” de Dios, lo que va a suponer una felicidad que desborda lo histórico y que roza en la auténtica desmesura que supone la eternidad¹⁸. Esto, lejos de ser una utopía idílica, es una realidad de posible concreción, como lo veremos más adelante.

“Cada día es una obra de arte, no existe poema más bello que vivir plenamente”¹⁹. Incluso Nietzsche llegó a decir: “*Quien tiene un porqué vivir, siempre encontrará un cómo*”²⁰. Los “porqué” tienen que ver con el significado de la vida, y este significado tiene que ver con la felicidad. El problema está en que hemos puesto todo nuestro interés en los “cómo”, dejando de lado lo que es fundamental: el “porqué” queremos ser felices.

La felicidad verdadera es la felicidad ideal y perfecta, que se realiza en las siguientes condiciones: no es debida a la satisfacción de los malos deseos; no implica engaño ni ignorancia; es estable y no pasajera; implica que se aprecien las cosas más elevadas de la vida, es valorar a una persona, es juzgar si su estilo de vida es digno de imitación y de admiración. La felicidad es la que satisface las necesidades reales del ser humano, sus inclinaciones naturales. Es la que realiza el fin para el cual el hombre está hecho, para el que ha sido creado, el fin asignado al ser humano por el creador²¹. Debido a que el ser humano, mujer y varón, están orientados por su naturaleza hacia la felicidad, debemos reconocer que ese bien supremo y fin último del ser humano es Dios. Eso es indudable desde cualquier perspectiva antropológica

1.2. El aporte de la filosofía a la felicidad

La felicidad es el fin último de la actividad humana. Esta felicidad se alcanza mediante el ejercicio de las virtudes, que debe consistir en una cierta correspondencia entre, por un lado, el sujeto: su conducta–vida moral– y sus experiencias y, por otro, el

¹⁸ Cf. Comte, André. *La felicidad*. Barcelona: Paidós, 2001, pp. 57-58.

¹⁹ Tierno, Bernabé, op. cit., p. 208.

²⁰ Ibidem.

²¹ Cf. Abba, Giuseppe. op. cit., p. 55.

mundo: sus bienes, el estado de sus cosas. Aristóteles sostiene que *“el bien del hombre consiste en una actividad del alma, según la virtud y si las virtudes son más de una, según la mejor y la más perfecta”*²²; a continuación añade: *“es evidente, sin embargo, que la felicidad tiene necesidad, además de bienes exteriores”*²³. Esto significa que la felicidad no puede consistir sólo en una actividad del sujeto, sino que implica una relación entre el sujeto y su mundo. Esta presencia del mundo es también aludida en la definición kantiana, que acentúa el aspecto subjetivo: *“felicidad es la condición de un ser relacional en el mundo, al que en toda su existencia, todo va de acuerdo a su deseo y querer”*²⁴.

Sin embargo, no cualquier relación entre el sujeto y el mundo constituye la felicidad, sino aquella que sea óptima, esto es, la más conveniente, tanto para el sujeto, como para el mundo. Se entiende por relación óptima aquella que es conocida y querida por el sujeto. La relación de conveniencia entre el sujeto y el mundo puede ser comprendida como felicidad sólo si las disponibilidades del mundo son capaces de realizar las potencialidades del sujeto. Ya que la felicidad no se realiza jamás de modo perfecto, sino que admite diversos modos de realización y diversidad de estabilidad es necesario, para que tal relación realice la felicidad, que el sujeto sea consciente, inteligente, capaz de relación²⁵.

Si se tiene presente que entre las realidades de mundo con las que el sujeto entra en relación, el puesto principal lo ocupan las personas, entonces podemos decir que la felicidad tiene que ver con personas, y una en especial que es Dios, a quien entendemos como Persona, como principio trascendental de toda realidad. En ese mismo sentido, Aristóteles sostenía: *“Si, por consiguiente, hay alguna otra cosa que sea un don de los dioses a los hombres, es razonable que también la felicidad sea un don divino, tanto más cuanto que ella es el mayor de los bienes humanos”*²⁶. De allí se colige que por ese camino, la felicidad de la vida humana está estructuralmente abierta a una comunicación personal con Dios en forma de una revelación y de una gracia sobrenatural, como lo enseña el cristianismo. Por consiguiente, el ser humano es un buscador de la felicidad.

²² Ibidem, p. 44.

²³ Ibidem

²⁴ Ibidem

²⁵ Cf. Ibidem, pp. 46-47.

²⁶ Ibidem p. 47.

Puesto que para Aristóteles la felicidad (o el placer) es aquello que acompaña a la realización del fin propio de cada ser vivo, la felicidad que le corresponde al hombre es la que le sobreviene cuando realiza toda actividad que le es la más propia, y cuando la realiza de un modo perfecto. Lo más propio del hombre es el alma, muchos más que el cuerpo, por lo que la felicidad humana tiene que ver más con la actividad espiritual que con la corporal. Y de las actividades del alma, las que más corresponden a la parte más típicamente humana, son la de orden intelectual o racional.

En el alma intelectual encontramos el entendimiento o intelecto y la voluntad de allí que llamamos virtud a la perfección de una disposición natural. En otras palabras, la felicidad más humana es la que corresponde a la vida teórica o del conocimiento; por ello, el hombre más feliz es el filósofo, y lo es en cuanto su razón se dirige al conocimiento de la realidad más perfecta: Dios y a la vida virtuosa.

Desde un punto de vista más realista, Aristóteles también aceptaba que para ser feliz era necesaria una cantidad moderada de bienes exteriores y afectos humanos. En resumen, Aristóteles hacía consistir la felicidad en la adquisición de la excelencia (virtud) del carácter y de las facultades intelectivas²⁷.

Para Platón, la felicidad sólo era posible en el mundo inteligible: *“La felicidad, esa sensación de plenitud, paz y serenidad que nos llena de alegría interior y nos permite disfrutar de la vida, parece ser una quimera inalcanzable para la mayoría de la gente”*²⁸. Sin embargo, la felicidad era posible cuando el hombre podía contemplar las esencias de las cosas que, para este filósofo, eran las ideas de la divinidad. Platón reconocía que no se puede ser feliz sin ver la obra de Dios en el mundo, puesto que se manifiesta como modelo para la felicidad humana. Para que el hombre pueda alcanzar la felicidad era necesario que se identifique con la divinidad, practicando la virtud. La virtud es el conocimiento de lo que es realmente bueno para el hombre y la idea de lo que es bueno no es relativa, sino un valor absoluto, porque si no fuera así no podría ser objeto de conocimiento²⁹.

²⁷ Cf. Verneaux, Roger. *Textos de los grandes filósofos*. Barcelona: Herder, 1988, pp. 84-86.

²⁸ *Ibidem.* p. 47.

²⁹ *Ibidem.*

Para Epicuro, “*el placer es el principio y fin de la felicidad*”³⁰, lo que constituye una verdadera ascética del placer o, mejor dicho, de un placer calculado que exige un gran control de sí mismo y una buena madurez intelectual. Para este filósofo es necesario saber seleccionar los placeres y saber calcular su medida, con el fin de eliminar lo más posible el sufrimiento. Sin embargo, ese placer constituye una aspiración generalizada entre los seres humanos de todos los tiempos.

Vivir rodeado de placeres y satisfacciones es el ideal que la sociedad de consumo difunde en la actualidad a través de los medios de comunicación. La teoría que desarrolla esta tendencia como criterio último de moralidad es el hedonismo.

Por su parte, para los estoicos³¹, “*El ideal del hombre consiste en vivir conforme a la naturaleza. De este modo se adapta al orden universal y consigue la felicidad*”³². Por eso, la dicha no consiste en el placer o en el interés individual, sino en la exigencia del bien, dictada por la razón que trasciende al individuo. El camino de la perfección reside en la *apatheia*, que es una actitud de indiferencia positiva frente a los acontecimientos; para alcanzarla, el ser humano debe cultivar la imperturbabilidad, para no dejarse desconcertar por nada que sea agradable o que sea desagradable, y así garantizar la tranquilidad de espíritu, en armonía total con la naturaleza. Todo lo que nos sucede - éxitos, alegrías, sufrimientos, muerte - es lo que nos conviene; aceptarlos, sin apego ni resistencia, es alcanzar la perfección, por lo tanto, la felicidad.

Para Emmanuel Kant, de ningún modo puede fundarse un pensamiento moral desde la felicidad, concepto ambiguo que no nos llevaría a una definición universal, ya que para cada individuo, la felicidad se encuentra en cuestiones dispersas. Kant proponía “*una ética del deber*”³³, lo que significa que el valor moral sólo podía radicar en la voluntad del hombre, en “querer hacer el bien”, lo que era bueno en sí mismo. No puede el hombre actuar moralmente desde los sentimientos, ya que éstos son involuntarios. Para Kant, el

³⁰ Navarro, J. y Calvo, T. *Historia de la filosofía*. Madrid: Anaya, 1990, p. 59.

³¹ Es una escuela filosófica del siglo IV a.C. sus principales representantes son Epicteto, Séneca y Marco Aurelio.

³² *Ibidem*, p. 58.

³³ *Ibidem*, p. 295.

deber se sostiene en la voluntad, que es un fin en sí mismo. No importa si el objeto de mi acción es en sí mismo bueno o malo, lo importante es la acción que me mueve a realizarlo.

Para Bentham³⁴, la mayor felicidad, entendida como placer para el mayor número de seres humanos, es su máxima de la acción moral. Esto, Bentham lo denominaba la “maximización de la felicidad”. De ahí que el interés público esté siempre por encima del interés particular, ya que la conducta debe regirse sólo por el interés, mientras que la virtud sería el hábito de hacer bien las cuentas para lograr un más grande y mayor placer³⁵.

Para Santo Tomás de Aquino, “*la felicidad constituye el fin y el culmen de la ética*”³⁶. Tanto la filosofía griega como la medieval interpretaban la vida humana de un modo teológico. El ser humano se encamina hacia un fin, y en el conocimiento y en la consecución de ese fin consisten, no sólo la sabiduría, sino también la felicidad. Tomás de Aquino empleaba la misma terminología aristotélica para la descripción de la felicidad en cuanto “contemplación de Dios”; en ese sentido, ponía la máxima felicidad del ser humano en la contemplación de la verdad, en el pensamiento del pensamiento, es decir en la contemplación intelectual de la verdad. Y es así como Santo Tomás ponía la felicidad en un más allá³⁷.

Ser feliz, desde el pensamiento filosófico, ha sido siempre una cuestión vinculada al problema moral, como hemos expuesto anteriormente, porque está ligada a las costumbres, al hacer, al vivir con otros. El filósofo se debate entre una propuesta hedonista y otra de corte eudemonista, donde el hombre busca la felicidad en el placer o encuentra la felicidad en el ejercicio de la virtud. Sin embargo, no puede haber una vida feliz sin la prudencia, la bondad y la justicia, puesto que estas virtudes son connaturales a la vida feliz. Por lo tanto, el ser humano, llamado a ser feliz, podrá serlo desde la práctica de una virtud que le hace trascender y que lo pone en sintonía con el fin sublime de la vida, que en nuestro caso sería la contemplación plena de Dios.

³⁴ Es el primer utilitarista con renombre universal. Del siglo XVIII, es un filántropo preocupado por la felicidad de la humanidad, a cuyo servicio elabora la aritmética moral.

³⁵ Cf. González, Luis. op. cit. p. 50.

³⁶ Merino, José. *Historia de la Filosofía Medieval*. Madrid: BAC, 2001, p. 212.

³⁷ Ibidem

1.3. El ser humano capaz de trascendencia

El ser humano es un ser dispuesto a la trascendencia, a pesar de la finitud de su sistema. Está siempre situado ante sí mismo como un todo; él puede cuestionarlo todo; puede, por lo menos, interrogar siempre todo aquello que puede enunciarse. En cuanto pone la posibilidad de un horizonte de preguntas meramente finito, esta posibilidad se muestra como el ser de un horizonte infinito. En cuanto experimenta radicalmente su finitud, va más allá de esa finitud y se experimenta como ser que trasciende.

El ser humano está siempre en camino, y cada respuesta vuelve a ser siempre el nacimiento de una nueva pregunta. El hombre se experimenta como una posibilidad infinita, pues vuelve a cuestionar siempre, desde la teoría y desde la praxis, cada resultado logrado; así, se desplaza siempre de nuevo a un horizonte más amplio, que se abre ante él en un horizonte sin confines³⁸.

La vida del ser humano está abierta y dirigida hacia realidades que lo trascienden. El ser humano es finito, pero “*el finito es un trascendental que puede ser objeto de una consideración metafísica, sobre todo en su complementariedad con el infinito*”³⁹. El ser humano va adquiriendo, año tras año, una identidad como persona, con todas las virtualidades propias del ser personal, en un movimiento de auto superación, orientado por la atracción de realidades que no forman parte de su ser actual.

Lo que permite al ser humano no estancarse en un determinado modo de vida, es su capacidad de descubrir realidades superiores, de alcanzar la felicidad a la que se siente atraído. Son estas realidades las que le proporcionan nuevos horizontes de vida y esto, sobre todo, porque parte del principio de que “*la trascendencia misma tiene una historia y la historia es siempre el suceso de esta trascendencia*”⁴⁰.

El hombre es un ser que trasciende, en cuanto todo su conocimiento y su acción cognoscitiva están fundados en una anticipación del ser en general, en un saber no temático

³⁸ Cf. Rahner, Karl. *Curso fundamental sobre la fe*. Barcelona: Ed. Herder, 1984, pp. 50-51.

³⁹ Merino, José. op. cit., p. 272.

⁴⁰ Rahner, Karl. op. cit., p. 175.

pero ineludible acerca de la infinitud de la realidad. Por lo tanto, lo que soporta y abre la anticipación del ser humano a su amplitud absoluta de la trascendencia no puede ser la nada, el vacío completo, sino que es preciso entenderla como la presencia de aquello hacia lo que se encuentra abierto el hombre. Ahora bien, el movimiento de la trascendencia no es un poderoso construir del espacio infinito del sujeto, hecho desde el sujeto como poderío absoluto del ser, sino la irradiación del horizonte infinito del ser⁴¹.

Dondequiera que el hombre se experimente a sí mismo en su trascendencia como el que pregunta, como el inquieto por esa irradiación del ser, como el expuesto a los inefables, no puede entenderse como sujeto en el sentido de sujeto absoluto, sino solamente en el sentido de receptor del ser, es decir de la Gracia. Por lo tanto, la trascendencia está en cierto modo detrás del ser humano, en el origen de su vida y de su conocer. Ya que el ser humano encuentra la verdadera felicidad solamente cuando trasciende su finitud, debemos concluir que ésta auténtica trascendencia nunca será alcanzada por la reflexión metafísica, sino por la experiencia de la mística. Esto pareciera ser algo indiscutible.

El movimiento de trascendencia en el hombre se revela desde su misma actividad productiva. La creatividad, la satisfacción, el perfeccionamiento, la admiración, la intencionalidad, la búsqueda de la felicidad son algunas de las manifestaciones de ese movimiento. La aspiración trascendente del ser humano constituye una negación de sí mismo como mundo cerrado y autosuficiente. En otras palabras, la persona humana no es un ser perfecto y acabado, sino un ser llamado, por su misma naturaleza, a buscar dicha perfección⁴².

Por lo tanto, el movimiento de trascendencia o de realidad trascendente para el ser humano constituye un tema de opción personal. Quienes pretenden negar su existencia, por no ser una realidad material objetiva, de fácil experiencia para todos, olvidan que, por definición, no puede ser algo material, ya que sería inferior al hombre en tanto cualidad del ser. Desde el momento en que supera esencialmente la cualidad más sublime del hombre, su subjetividad racional, el término de la trascendencia tiene que ser inmaterial y

⁴¹ Cf. *Ibíd.* p. 53.

⁴² Cf. González, Luis. *Ética*, Bogotá: 3^{ra}. Edición, El Búho, 2003, p. 96.

únicamente puede ser valorado con relación al grado de conciencia que cada sujeto posea de la plenitud de su vida personal, es decir, de su fin último para alcanzar la felicidad.

Para el cristiano, la divinidad constituye su máxima realidad trascendente. Ya que *“la trascendencia por la auto-comunicación de Dios queda constituida en su concreción, significa tanto historia de la salvación como historia de la revelación”*⁴³. Hacia ella dirige su admiración y sus aspiraciones, en ella sitúa el conjunto de cualidades que constituyen la perfección del ser en cualquier orden: infinitud, eternidad, poder, bondad, sabiduría, libertad, felicidad, entre otras. Estas mismas cualidades del ser perfecto, u otras similares, son el ideal trascendente del hombre no religioso. Si prescindimos de la creencia en Dios, el común denominador, tanto para el creyente como para el no-creyente, reside en las manifestaciones de perfección del ser. Pero, el creyente vive su trascendencia con plenitud de sentido al saberse orientado hacia el mismo Dios, su creador, y animado con su misma vida divina.

Son estas manifestaciones de la perfección, sean en Dios o fuera de Él, las que, al ser apetecidas por el ser humano, se convierten para él en valores. El bienestar, la ciencia, la verdad, el amor, el arte, la comunidad, la vida sobrenatural, la libertad, la felicidad, etc., son valores trascendentes para el hombre, porque se le revelan como llamados que lo invitan a la plenitud del ser personal.

Podemos decir que el hombre no posee una existencia personal auténtica hasta el momento en que encarna en sí mismo un cuadro de valores o de consagraciones que le dan sentido a todos sus actos. Cada valor expresa una perfección determinada del ser. En este sentido, ello representa una perfección parcial. De ahí que la riqueza de una vida personal sea proporcional a la amplitud y a la intensidad de su cuadro de valores. González resume muy bien este criterio cuando sostiene con mucha claridad que *“el término de la trascendencia será también más perfecto cuanto mayor sea su acumulación de valores”*⁴⁴.

⁴³ Rahner, Karl, op. cit., p. 177.

⁴⁴ González, Luis, op. cit., p. 96. Por eso, una religión como el cristianismo ofrece al hombre la promesa de la máxima realización en su dimensión de trascendencia; porque le permite consagrar su vida a un Dios que se revela como la perfección absoluta, como el origen y el fin de toda perfección como lo veremos en el capítulo siguiente.

Lo mismo que le ocurre al ser humano individual, acontece también a la sociedad. La perfección de vida de un pueblo depende de la vivencia y de la trascendencia de sus valores. Las civilizaciones prosperan o decaen según mantengan o no vivos una serie de valores comunitarios que le inyectan vitalidad comunitaria. Si en nuestros pueblos, a pesar de su juventud, de sus riquezas y de sus ilusiones, aún existe una gran masa de individuos que arrastran una vida inhumana o, peor aún, despersonalizada, se debe, sin duda, a la pereza por afianzar en sus vidas aquellas estructura sociales permeadas de valores como la justicia, el amor, la libertad, la honestidad, la dignidad, que les proporcionaría mayor perfección humana y los encaminaría a una felicidad para todos y todas.

El ser humano es, y en él permanece el ser que le trasciende, es decir, Aquel Ente que se revela como misterio, como infinitud que abarca todas las realidades. Con ello, el ser humano se convierte en la más grande y pura apertura para ese Misterio. *“El hombre puede ir más allá de lo concreto, de lo que está ubicado en el aquí y ahora”*⁴⁵. Sólo el ser humano es capaz de experimentar la felicidad que indica plenitud, la misma que nos lleva, de algún modo, a trascender la finitud, para encontrarnos con la verdadera felicidad que es Dios, pues así llamamos, sin embargo, a ese Misterio, a Aquel Ente que es el punto de llegada a la plenificación del ser humano. A eso llamamos felicidad.

⁴⁵ Gastaldi, Ítalo, op. cit. p. 71.

CAPÍTULO II

EL SER HUMANO CREADO POR DIOS, ENCUENTRA SU FELICIDAD EN ÉL

La vocación del ser humano, desde el momento mismo de su creación, es alcanzar la felicidad; y esa felicidad la encuentra sólo en Dios, ya que, como hemos dicho antes, esto es algo que no puede ser atribuido a una mera conquista humana, sino que es un don de Dios, que se alcanza gracias a la participación peculiar de la divinidad.

La felicidad indica plenitud. ¿Cómo llegar a ella? Hemos visto que desde la filosofía se ensayan diversos caminos. En este segundo capítulo queremos centrarnos en la propuesta de Jesús. Es el Maestro de Nazaret quien nos presenta una ruta –el camino de las Bienaventuranzas– como medio eficaz para llegar al Padre y vivir la felicidad plena y eterna, que consiste en ser felices sin afectar, ni abusar de los demás. Felicidad que, en último término, significa renunciar a uno mismo para así merecer esa felicidad.

2.1. Las Bienaventuranzas, camino de felicidad

Bienaventuranza o *bienaventurado* es un adjetivo que se asigna, originalmente, al estado feliz de alguien que está por encima de todo dolor o tensión terrenos. Es una alabanza admirativa que se convierte, luego, en un término técnico, en un género literario que en forma elevada y variada eleva a la persona a una felicidad que le cabe en suerte y le hace resaltar el motivo de esa suerte o felicidad. Este género era ya conocido en el Antiguo Testamento, donde aparecía, sobre todo, en los llamados libros sapienciales, donde se declara bienaventuradas a las personas.

En el Nuevo Testamento, la palabra “bienaventurado” tiene un sentido religioso. El fundamento de la bienaventuranza es siempre el derecho a la salvación en el reino de los

cielos o, lo que es lo mismo, la participación de esa salvación. Por eso, las bienaventuranzas aparecen, sobre todo, durante la predicación escatológica del Reino de Dios que hacen los Evangelios Sinópticos. La palabra “bienaventurado o feliz”, se encuentra ochenta veces en el Antiguo Testamento y veintiocho veces en el Nuevo Testamento.

De las diferentes alusiones a las bienaventuranzas en el Nuevo Testamento, son particularmente conocidas y estudiadas las 8 menciones que hace Mateo (5,3-12) y las 4 a las que se refiere Lucas (6,20-33), las que vienen con cuatro “ayes” que son como tensión a las bienaventuranzas (Cf. Lc 6,24-26)⁴⁶. En esta disertación vamos a tomar las bienaventuranzas de acuerdo a la versión del evangelio de Mateo, porque presenta de una forma más amplia su significado y alcances; además, porque las cuatro del evangelio de Lucas se encuentran contenidas dentro de la exposición de Mateo.

Cada cultura tiene su manera peculiar de expresar sus deseos o alabanzas. Los hebreos tienen su estilo de alabar a alguien o algo, mediante una bendición o una maldición. En ese sentido, la bendición sería la bienaventuranza o beatitud. La palabra ‘bienaventurado o feliz’ se deriva del latín *beatus*; éste a su vez es la traducción del griego *macarios*, que, por su parte traduce el término hebreo *esré*⁴⁷.

La bienaventuranza, en sentido bíblico, consta de cuatro elementos:

1. Una palabra introductoria: *feliz, dichoso...*
2. Una persona: *tú el que...*
3. Una causa remota de esa felicidad: *la virtud o acto que merece ese premio...*
4. Una recompensa de esa buena acción: *el cielo, la salud, la paz...*

Las bienaventuranzas son una forma de felicitar a una persona porque ha logrado alcanzar algo que buscaba, o por asumir una determinada manera de ser que resulta admirable o deseable para quien por ello lo felicita. Por tanto, podemos decir que toda

⁴⁶ Cf. Haag, H, Van Den Bon, A. y Ausejo, S. *Diccionario de la Biblia*. Barcelona: Herder, 10^{ma}. Edición, 2000, p. 241.

⁴⁷ Echeverri, Arturo. *Las Bienaventuranzas*. Iglesia No. 81, Bogotá: Ed. Carrera, 1988, p. 5.

bienaventuranza tiene siempre un significado de alegría, de felicidad, de parabién y de felicitación, lo que nos permite sostener que toda bienaventuranza es como una moneda de dos caras: una más objetiva y otra más subjetiva. Quien posee la bienaventuranza disfruta de una suerte que le colma de satisfacción, y a quien ha alcanzado esa felicidad se le puede felicitar⁴⁸.

Las bienaventuranzas son una serie de virtudes o actitudes fundamentales que acoge y vive una persona. Jesús nos presenta como una especie de síntesis de toda su enseñanza cuando proclama las bienaventuranzas. El Papa Benedicto XVI sostiene que es “*como la antítesis neo testamentaria del Decálogo, como la ética superior de los cristianos*”⁴⁹.

En las bienaventuranzas se atribuyen la alegría y la felicidad a ciertas personas y ciertas actitudes, conectadas con frecuencia a una promesa de bendición futura. Tanto en Mateo como en Lucas, la primera bienaventuranza atañe a los pobres, mientras que la última se refiere a los perseguidos. A ellos, Jesús los declara propietarios del Reino de Dios, creando así una estrecha conexión entre el tema central de su anuncio y las actitudes destacadas por Él⁵⁰.

Para Santo Tomás, las bienaventuranzas, a las que dedicó la cuestión 69 de la I-II, no son hábitos, o sea disposiciones permanentes como las virtudes y los dones, sino que se refiere a actos concretos, al hacer de cada momento. Si se llaman “bienaventuranzas” es porque anuncian, bien por el mérito derivado de la acción buena, bien por un anuncio incoativo, la bienaventuranza definitiva (Art.2)⁵¹.

Las bienaventuranzas no se tratan normalmente de un deseo, de una bendición cualquiera o de una promesa general. Quien pronuncia una bienaventuranza constata la existencia de una felicidad y la proclama. Los destinatarios son ya felices al momento que se los felicita; se trata de personas actualmente dichosas, aunque no tengan consciencia de su felicidad.

⁴⁸ Cf. Flecha, José. *Las Bienaventuranzas, caminos de felicidad*. Madrid: BAC, 2011, p. 5.

⁴⁹ Ratzinger, Joseph. *Jesús de Nazaret*. Bogotá: Ed. Planeta, 3ra. edición, 2007, p. 97.

⁵⁰ Cf. *Ibidem.*, p. 4.

⁵¹ Cf. De Aquino, Tomas. *Suma Teológica, Tomo II, Parte I- II*. Madrid: BAC, 1959, pp. 526- 530.

En el Antiguo Testamento, las bienaventuranzas proponen, por lo general, un valor admitido de antemano, que todos reconocen como tal, y que por ello mismo no necesita justificación, como podemos ver en Eclo 26,1: “*Dichoso el marido de una mujer buena...*”. Sin embargo, las bienaventuranzas de Jesús presentan unas características diferentes, van acompañadas de una explicación para que se entienda que a quienes se proclama felices son personas a las que muchos consideran desdichadas: *los pobres, los afligidos, los perseguidos, etc.* Es decir, Jesús propone valores que no son evidentes a primera vista, y por ese motivo necesitan de una justificación: *porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos*⁵².

Por lo tanto, la felicidad de la que hablan las bienaventuranzas no excluye la contrariedad y el sufrimiento; por el contrario, las personas son declaradas felices ahora, en virtud del porvenir que tienen por delante. Lo que el presente aún mantiene de penoso quedará eliminado por lo que vendrá después. La tensión entre la primera parte, que describe situaciones poco halagüeñas, y la segunda parte, que evoca un porvenir totalmente distinto, es una invitación a mantener viva la esperanza.

Este premio prometido en la primera y en la última bienaventuranza, según el evangelio de Mateo, es el “Reino de los cielos”. En realidad, todas las otras bienaventuranzas también se refieren a ese Reino de los cielos, pero se fijan sólo en determinados aspectos concretos. Este premio no puede ser interpretado sólo como algo que se concretiza en la otra vida, sino que ya comienza a realizarse en el presente de la vida actual. Es decir, todas las personas son dichosas porque pueden formar parte de la comunidad cristiana -Reino inicial de Dios- y, más tarde, serán parte del Reino definitivo de Dios⁵³.

A diferencia de Lucas, el evangelio de Mateo pone en sus bienaventuranzas determinadas “actitudes morales” que condicionan la promesa contenida en cada una de

⁵² Cf. Levoratti, Armando. “Evangelio Según San Mateo”. En *Comentario Bíblico Latinoamericano San Jerónimo, Nuevo Testamento*, Brown, R, Fitzmyer, J, Murphy, R (eds.), Navarra: Verbo Divino, 2003, p. 298.

⁵³ Cf. Sicre, José. *El cuadrante, Introducción a los Evangelios*. Navarra: Verbo Divino, 9^{na}. edición, 2009, p. 120.

ellas. De este modo, al comienzo del sermón de la montaña se traza el cuadro de las virtudes cristianas que son, a su vez, las condiciones de admisión en el Reino de Dios. Esto nos recuerda a las liturgias de entrada que se rezaban durante el culto en el templo de Jerusalén: *¿Quién subirá al monte de Yahvé?... el de manos limpias y puro corazón...* (Sal 24,3-4), y nos lleva a un medio judeocristianismo que se ha formado en la tradición anterior a Mateo, cuya presencia es claramente perceptible en todo su evangelio⁵⁴.

La disposición de las bienaventuranzas trae a la memoria el paralelismo de la poética hebrea⁵⁵. En ese sentido, ser feliz, bíblicamente hablando, no tiene la connotación que le da el lenguaje mundano: “estar feliz en la celebración del carnaval”, “gozar en las playas”..., ni siquiera hace referencia a ser feliz en los goces sanos que ofrece la vida. Se trata de ser feliz con la felicidad que Dios ofrece en un contexto de salvación. Es ser consciente de la paz y del equilibrio interior, y ese equilibrio se consigue sólo con la ayuda de Dios.

Por eso sostenemos, una y otra vez, que toda felicidad viene de Dios. Él nos comunica su felicidad como consecuencia de su amor, un amor comunicativo que busca la felicidad para todos. Dios es fuente de felicidad, así nos lo presenta su Palabra: *Feliz la nación cuyo Dios es Yahvé...* (Sal 32, 12); *Feliz quien confía en Dios...* (Sal 34, 9); *Feliz quien es perdonado...* (Sal 32,1), etc.⁵⁶. Éstas son beatificaciones que se cantan en los salmos para dejarnos claro que, al acercarnos al Señor, creemos en Él y podemos habitar en su casa, recibiendo su perdón. Eso es beber la felicidad en la fuente del Señor, fuente que nunca se agota.

A partir de Jesús, la felicidad estará vinculada al acontecimiento decisivo de su venida. Él es la encarnación máxima de las bienaventuranzas, ya que las vivió y las practicó en su propia vida. Las bienaventuranzas son la paradoja del Evangelio, son la negación de la lógica humana ante la lógica evangélica: *feliz el que llora, feliz el pobre,*

⁵⁴ Levoratti, Armando, op. cit., p. 298.

⁵⁵ Es evidente que Mateo ha buscado cierta simetría en el ordenamiento del texto, que es uno de los pasajes mejor estructurados de todo el Evangelio. Las ocho primeras están encuadradas entre los vv. 3 y 10b, que termina con la frase “porque de ellos es el Reino de los Cielos”. Otro detalle que llama la atención es que, tanto la primera parte de la cuarta bienaventuranza, como la octava acaban con la palabra “justicia”.

⁵⁶ Cf. Echeverri, Arturo, op. cit., pp. 6-7.

feliz el hambriento. No dice: *feliz el rico, feliz el que ríe, feliz el que está repleto*, porque la riqueza del hombre no consiste en “poseer cosas”, sino en poseer a Dios. Es allí donde el hombre no espera nada, es allí donde se revela Dios con toda su alegría. En el abismo de la pobreza de espíritu, de la limpieza de corazón, del llanto arrepentido, allí está la verdadera felicidad. Como decía Karl Rahner: “*Y esto hay que experimentarlo en la fe y sólo por la imitación de Cristo*”⁵⁷.

Por otro lado, las bienaventuranzas establecen un orden nuevo, una escala nueva de valores en la que, frente a los valores de la fe, se invierten los valores humanos. “*las bienaventuranzas son promesas en las que resplandece la nueva imagen del mundo y del hombre que Jesús inaugura, en la que se invierten los valores*”⁵⁸. Se realizan todas las cosas ante lo único, absoluto y definitivo que es Jesús. Precisamente Jesús, al proponernos la felicidad de ser pobres, limpios y pacíficos, está programando un género de vida de una lógica inexorable para sus discípulos; dicho en otras palabras, Jesús expresa los rasgos del verdadero cristiano, diciendo que es quien acoge las condiciones del Reino que Él proclama en las bienaventuranzas. Por lo tanto, bienaventurado es quien vive como vivió Jesús. Y el Reino de los Cielos es un reino de felicidad producida por la imitación de Jesucristo.

Esta propuesta de Jesús es un contrapeso a las tentaciones humanas que ofrece el mundo. El ser humano, en este mundo, se mueve fundamentalmente por tres motivos: El afán de tener, el afán de poder y el afán de placer, y ahora Jesús, mensaje y mensajero, proclama un nuevo estilo de santidad; Él es el autor y el contenido de esas bienaventuranzas que nos propone un camino opuesto al del mundo. Frente a la fuerza del tesoro, del poder y del hedonismo, Jesús nos propone la riqueza de la pobreza, del desprendimiento y de la moderación.

Las bienaventuranzas son pautas para la vida, y realizarlas en la vida de cada discípulo es ser fiel al llamado recibido, es ser coherente con el discipulado al que nos llama Jesucristo. Ese es el camino indudable para alcanzar la felicidad.

⁵⁷ Citado por Echeverri, Arturo, op. cit., p. 9.

⁵⁸ Ratzinger, Joseph, *Jesús de Nazaret*, op. cit., p. 99.

Luis Martínez⁵⁹ presentaba las bienaventuranzas como escalones que conducían a la felicidad. Según él, las tres primeras bienaventuranzas nos enseñan cómo morir, pues nos descubren el secreto de la muerte de aquello que las Escrituras llaman “el hombre viejo”, enemigo formidable de la felicidad. Las cuatro últimas bienaventuranzas encierran el arcano de la vida, pues nos revelan cómo del sepulcro del hombre viejo resucita el hombre nuevo, creado según la voluntad de Dios, en justicia, santidad y verdad. La octava bienaventuranza es la bienaventuranza del dolor y del martirio, resumen y consumación de todas las anteriores.

El dolor es, en la tierra, la última palabra del amor, como la última en el cielo es el gozo. Es el dolor lo que se opone a la pobreza, lo exquisito de la dulzura, lo divino de las lágrimas, la majestad de la justicia, la unción de la misericordia, la pureza de la luz y la saciedad del amor⁶⁰

2.2 Reflexión teológica de las bienaventuranzas que nos enseñan a morir (al hombre viejo)

2.2.1 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5,3)

¿Quiénes son los pobres? El primer auditorio de Jesús era todo judío, y todos estaban muy empapados de la pobreza según la concepción dada en el Antiguo Testamento. Sin embargo, la afirmación que hace Jesús les tomó por sorpresa. Esta afirmación, en primera instancia, la van a entender en continuidad con las líneas del Antiguo Testamento. En otras palabras, creen que están en seguimiento de un Jesús que es un Mesías judío.

Esto se acentúa cuando el anuncio profético en el capítulo 61 de Isaías: “...*Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres...*”, Jesús afirma, en la sinagoga de

⁵⁹ Mons. Luis Martínez, teólogo y místico mexicano (1881-1956). Tras conocer a la venerable Concepción Cabrera de Armida, se unió a la obra de la Cruz, haciendo votos privados como misionero del Espíritu Santo. Fue director espiritual de ella de 1925 a 1937.

⁶⁰ Citado por Flecha, José, *Las Bienaventuranzas, caminos de felicidad*, Madrid, BAC, 2011, p. 67.

Nazaret, que se está cumpliendo en Él (Cf. Lc 4,21). En el contexto del Segundo Isaías, los pobres son “los cautivos”, “los corazones rotos”, “los abatidos”. Y ahora Jesús afirma que en Él se cumplen estas profecías, pues asegura que él vino para predicar a los anawim⁶¹.

En la versión griega de los LXX, la palabra griega *ptojós* traduce las palabras hebreas: *aní* que significa pobre, oprimido y encorvado; del que se traduce por pobre y débil, y *ebyón* que significa indigente y menesteroso⁶². Todos estos términos se refieren, en primer lugar, a la pobreza en sentido económico, pero fueron adquiriendo paulatinamente una coloración moral y religiosa.

Este proceso de espiritualización está documentado en los Salmos. En el salmo 69 leemos: “*los pobres y los oprimidos se identifican con los que buscan al Señor*” (v. 33). El salmista se considera uno de ellos: “*soy un pobre desdichado*” (v. 30), víctima de la injusticia y de la crueldad de sus opresores. Como no tiene nada a qué apegarse en la tierra, lo espera todo del Señor⁶³.

En este proceso de espiritualización, ocupa un lugar destacado el profeta Sofonías, quien retoma el lenguaje de la pobreza y lo trasmuta, para invitar a los pobres del país a buscar la pobreza, es decir, a asumir ante Dios una actitud espiritual que radica esencialmente en la fe, con un matiz de abandono, de humildad y de absoluta confianza (Cf. Sof 2,3; 3,12-13)⁶⁴.

El sentido de la bienaventuranza se aclara, asimismo, a la luz de los documentos de Qumrán. Los miembros de esta comunidad eran extremadamente piadosos, pero de una piedad legalista; se llamaban a sí mismos “los pobres”, y se consideraban elegidos por Dios, porque cumplían sin fallos la Ley.

Sin embargo, el “pobre de espíritu” de Mt 5,3 no es el que cumple las leyes, sino que son *los humildes, los indigentes, los oprimidos y los desheredados de este mundo*, quienes, no teniendo nada, ponen toda su confianza en Dios. Es decir, son personas que

⁶¹ Echeverri, Arturo, op. cit., pp. 21-22.

⁶² Levoratti, Armando, op. cit., p. 298.

⁶³ Cf. Ratzinger, Joseph, op. cit., pp. 103-104.

⁶⁴ Cf. Levoratti, Armando, op. cit., p. 299.

poseen actitudes espirituales hechas, a su vez, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Son pobres, no sólo porque carecen de bienes materiales y de estatus social, sino porque han tomado una decisión personal de serlo⁶⁵. Hablar de pobreza no se trata sólo de un discurso sobre las obras de misericordia que se practican, sino de testimoniar la opción por la pobreza como una forma de vida que se acepta con alegría y decisión.

Jesús ha venido a anunciar la Buena Noticia a este tipo de pobres (Cf. Mt 11,5). Por eso, a ellos los declara dichosos y les propone el Reino de los Cielos como herencia. A diferencia de Lucas, que se refiere a los pobres sin más (Cf. Lc 6,20), Mateo emplea la expresión “pobres en el espíritu”, es decir, la primera bienaventuranza se refiere a una pobreza que radica básicamente en el espíritu de cada persona, en su interior. No es una pobreza puramente material, sino que incluye una cualidad ética y una actitud religiosa⁶⁶ que indica que lo que cuenta es la actitud interna, la mentalidad, la disponibilidad profunda del ser humano para vivir la pobreza. Esta bienaventuranza es una invitación a imitar a Jesucristo, y para ello hay que optar por vivir la misma libertad que vivió Jesús.

El pobre de espíritu tiene que tener “alma de pobre”, no debe ser arrogante ni pretender para sí mismo ningún mérito delante de Dios. “*Jesús no proclama dichoso al pobre sin más, sino al pobre que no quiere ser como los ricos*”⁶⁷; se trata de los pobres por decisión propia, oponiéndose a los pobres que lo son por necesidad. Esa es la interpretación que Jesús mismo propone en Mt 6,24: la opción entre dos señores: o Dios o el dinero. Jesús proclama dichosas a las personas que se reconocen pobres delante de Dios. Lo típico del pobre es que sabe que no puede subsistir por sí mismo, que depende de la ayuda de los demás; del mismo modo, al reconocerse pobre ante Dios, sabe que no puede subsistir por sí mismo, que depende de la misericordia de Dios.

Por lo tanto, se trata de la pobreza como actitud espiritual de apertura a Dios. La pobreza material es un camino privilegiado para alcanzar la pobreza en el espíritu, pero de ningún modo es el único.

⁶⁵ Cf. Ibidem

⁶⁶ Cf. Ibidem, p. 298.

⁶⁷ Sicre, José Luis, *El cuadrante*, op. cit., p. 121.

Entonces, “feliz”, para Mateo, no es el pobre en cuanto tal, sino el que se hace pobre mediante la renuncia a su propia autosuficiencia y su apertura a Dios en una actitud humilde y confiada, que brota de la fe. Sobre esta base ideológica, los pobres son dichosos porque tienen a Dios como Rey; y Dios, al establecer su reinado, comienza por eliminar todo aquello que constituye una ofensa contra su justicia, porque en el Reino de Dios no triunfará nunca la codicia y la rapacidad de los más fuertes, sino que el mismo Señor establecerá un nuevo orden: “*un cielo nuevo y una tierra nueva, donde habitará la justicia*” (2Pe 3,13). Es por eso que el cristianismo propone como ideal no el amor a la pobreza, sino el amor a los pobres. La expresión concreta de ese ideal es la caridad fraterna y la solidaridad con los necesitados (Cf. Lc 12,33-34; 19,7-10).

La primera bienaventuranza es el resumen de todas las demás, los pobres de corazón son los humildes y mansos que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos los que trabajan a favor de la paz, y todos los que, por haber seguido al Mesías pobre y humilde, serán perseguidos por causa de la justicia, es decir por causa del Justo⁶⁸.

Según la versión lucana, a quienes Jesús felicita son, en realidad, los pobres sociales⁶⁹. En Mateo, la expresión “*pobre de espíritu*”, refleja una actitud de la más profunda confianza en Dios. La añadidura mateana, que glorifica a los pobres en el espíritu no puede entenderse como una suavización de la problematización, sino como la limpieza de espíritu, lo que es más exigente que la limpieza física. Y, en ese sentido, la pobreza de espíritu añade una dimensión de radicalidad a la pobreza material.

El espíritu de pobre es más difícil de conseguir que la situación social de la pobreza. Esta bienaventuranza concuerda plenamente con el estilo de vida y con el mensaje de Jesús, quien se identifica con los pobres al anunciar que tanto la historia como cada uno de los seres humanos habrán de ser juzgados precisamente por su acogida o rechazo a los necesitados y marginados (Cf. Mt 25,40). En Jesús, Dios se revela como un Dios de los pobres, no son ellos los que van a su encuentro, es Dios quien sale en su búsqueda.

⁶⁸ Flecha, José, op. cit., p. 74.

⁶⁹ Porque son ellos los que le escuchan y que han empezado a seguir su camino (Cf. Lc 6,24), a los que se contraponen el lamento por los ricos que ya han recibido en la tierra su consuelo (Cf. Lc 6,24).

2.2.2 Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra (Mt 5,4)

Esta bienaventuranza, al parecer, está inspirada en el Salmo 37, donde se plantea el problema de las personas honradas que se han visto desposeídas de sus tierras o de sus bienes por gente malvada y poderosa. La reacción espontánea, como dice el salmo, es “*exasperarse por los malvados*”, dejarse llevar por la indignación y adoptar posturas violentas. Sin embargo, el salmista aconseja: “*Desiste de la ira, abandona el enojo, no te acalores, que será peor; pues los malvados serán extirpados, más los que esperan en Yahvé heredarán la tierra*” (Sal 37,8-9). La idea de “poseer la tierra” se repite siete veces en el salmo, como un estribillo; por consiguiente, la postura que defiende ante la justicia es la no-violencia y la esperanza puesta en Dios⁷⁰.

Por lo tanto, la bienaventuranza podría referirse, ante todo, a los no violentos, ya que *praéis* en griego significa mansos, pacientes, no violentos. Es decir, a los que son humillados y sufren la violencia se les invita a no devolver mal por mal. La promesa incluida en esta bienaventuranza (ellos heredarán la tierra) nos evoca el giro fundamental que sufrirá la situación social en la que viven los no violentos. A los ojos del mundo, ellos son los débiles, los indefensos, los que carecen de poder⁷¹. Pero, para Dios esto no es así...

Aquí es preciso afirmar, una vez más, la paradoja evangélica. Por lo general, se da por supuesto que son los violentos los que dominan el mundo, puesto que la violencia se ha identificado con el poder, y la mansedumbre con la debilidad del pobre. El Evangelio, en cambio, nos enseña exactamente lo contrario: la verdadera fuerza no está en el atropello, en la muerte y en la destrucción, sino que radica en aquellos que cooperan con la acción creadora de Dios. Lo que realmente importa es crear no destruir. La violencia no crea ni engendra, sino que destruye... Por eso será destruida, para ensalzar allí a los que resistieron a la tentación del crimen.

Jesús proclama a los no-violentos como dichosos, porque está convencido de que esa actitud es la única válida ante el grave problema de las injusticias. Son ellos quienes

⁷⁰ Cf. Sicre, José Luis, op. cit., pp. 123-124.

⁷¹ Cf. Levoratti, Armando, op. cit., p. 301.

comprenden y aceptan su mensaje “de poner la otra mejilla al que le abofetea” y de envainar la espada, porque “el que a espada mata, a espada muere”. Jesús es el manso por excelencia y nos da ejemplo con su vida. Sí, Él es el Mesías anunciado en el libro de Isaías como hombre manso: “*La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará*” (Is 42,3).

En realidad, Jesús hace suyos los rasgos del siervo del Señor que son cantados por el profeta Isaías. Así lo hace constar expresamente el evangelio de Mateo (Cf. Mt 12,15-21).

Jesús invita a sus seguidores a imitarle precisamente en esa actitud: “*Tomad sobre vuestros hombros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas*” (Mt 11, 29). Al identificar la mansedumbre con la humildad, Jesús nos ofrece una clave importante para comprender el alcance de estos valores éticos. El ser humano manso y humilde de corazón es aquel que sabe reconocer su honda verdad, que no finge grandezas ni poderes que no posee. La humildad, con un mínimo de coherencia, llevará al ser humano a ser manso y a comportarse como tal⁷².

2.2.3 Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados (Mt 5,5)⁷³

En Isaías 61,1-3 se advierte que los que sufren son los afligidos de Sion, es decir, el pueblo judío. Y su sufrimiento se debe a la dura opresión a la que fueron sometidos por los babilonios durante el destierro. Por ello, cuando Jesús proclama dichosos a “los que sufren, porque recibirán consuelo”, quizá esté pensando en todo un pueblo sometido de nuevo a la esclavitud, esta vez de los romanos⁷⁴.

Jesús conoce los innumerables sufrimientos que se padece en el mundo. La multitud de los afligidos pueden pensar que Dios los ha abandonado y que su desgracia no va a acabar jamás. Pero Jesús asegura que su dolor no pasa desapercibido a los ojos de Dios y que va a llegar el día en que el mismo Dios los consolará definitivamente.

⁷² Cf. Flecha, José, op. cit. p. 89.

⁷³ Biblia del Peregrino.

⁷⁴ Cf. Sicre, José Luis, op. cit. p. 123.

La aflicción, en el Antiguo Testamento, puede proceder de distintas causas: el dolor por la muerte de un ser querido (Gen 23,2; 37,33-35; 2Sam 19,1-5; Jer 6,26), la angustia provocada por una desgracia nacional (Is 3,25-26; Jer 14,1-6; Lam 2,11-12), el pesar por los pecados cometidos (Sal 32,2-4). También puede estar provocada por una opresión injusta (1Mac 1,21-28; 2,6-14) o por el temor al castigo divino (Am 5, 16-17). En todos estos casos se trata de aflicciones reales. Jesús, igual que el profeta anónimo de Is 61,1-2, anuncia el futuro consuelo de los que padecen una aflicción real y verdaderamente humana, ellos son los felices, porque serán consolados⁷⁵.

En el Nuevo Testamento está presente la aflicción (las lágrimas), pero también lo está el consuelo. Simeón, el hombre justo y lleno del espíritu, se caracteriza precisamente por esperar la consolación de Israel (Cf. Lc 2,25). El nacimiento del Mesías, fuente de alegría para todo el pueblo (Lc 2,10), ha desencadenado, al mismo tiempo la aflicción. Ante la matanza de los inocentes se retoma el canto de Jeremías: *“un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos y rehúsa el consuelo, porque ya no viven”* (Jer 31,15; Cf. Mt 2,18).

Este oráculo es como un anticipo del panorama que Jesús encontrará a lo largo de su vida. Compadecerá del llanto de la viuda de Naím a la que se le ha muerto su hijo único (Lc 7,13); la consolará diciéndole: *“no llores porque no ha muerto, sino que está dormida”* (Lc 8,52). Y camino a la cruz dirá: *“Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos”* (Lc 23,28)⁷⁶.

Jesús conoce y se conmueve por la enorme cantidad de sufrimiento que invade al mundo, por el miedo terrible que tiene la gente a sufrir. El que sufre se siente, muchas veces, abandonado por Dios y por los hombres; puede tener la satisfacción de que su desgracia no acabará nunca. Pero Jesús dice que su dolor no pasará desapercibido para Dios, y que un día “será consolado” definitivamente. Además, ese sufrimiento le capacita para entender el mensaje del Evangelio, que se resume en la actitud de Jesús, quien sufrió hasta la muerte, para comprometerse con el Reino de su Padre Dios.

⁷⁵ Cf. Levoratti, Armando, op. cit., p. 300.

⁷⁶ Cf. Flecha, José, op. cit., pp. 102-103.

2.3. Reflexión teológica de las Bienaventuranzas sobre el secreto de la vida

2.3.1 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados” (Mt 5,6)

“Hambre y sed” son una expresión metafórica de un deseo ardiente. Estas metáforas son frecuentes en la Biblia: “*Vendrán días, en que enviaré hambre sobre el país, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de escuchar la palabra de Dios*” (Am 8,11). Y, el salmista expresa su “sed de Dios” con un bello lenguaje poético: “*Mi alma tiene sed de ti, por ti suspira mi carne, como tierra sedienta, reseca sin agua*” (Sal 63,2). En esta bienaventuranza, el objeto de hambre y la sed es la justicia:

La justicia, tal como la entiende Mateo, consiste fundamentalmente en el fiel cumplimiento de la voluntad de Dios. Justos son aquellos que viven en perfecta conformidad con la voluntad de Dios, tal como la enseña Jesús, es decir, tanto en su relación con Dios como en sus relaciones con los demás. En este sentido la cuarta bienaventuranza se sitúa en la línea de la predicación profética: nadie puede jactarse de ser justo ante Dios si desconoce sus deberes para con el prójimo como lo indica en Is 58,4-7⁷⁷.

Algunos intérpretes sostienen que aquí la justicia no implica una realización humana, sino una acción de Dios. La justicia, en esta bienaventuranza, se refiere a la reivindicación de los que sufren la opresión de los malvados, desean ardientemente que se establezca definitivamente un orden social justo.

La metáfora del hambre y la sed no sólo indica el deseo, sino también la privación, y esa privación no tiene mucho sentido si se refiere simplemente a los que aspiran actuar con rectitud. Adquiere pleno sentido, por el contrario, cuando se refiere al deseo de la instauración de la justicia que procede de Dios y que tendrá plena realización en su Reino. Dicho en otras palabras, la satisfacción del hambre y de la sed no es símbolo de la retribución dada a los justos, sino símbolo del amor de Dios a su creación (Cf. Mt 6,25-26)⁷⁸.

⁷⁷ Levoratti, Armando, op. cit., p. 301.

⁷⁸ Cf. Ibidem, p. 302.

Para Mateo, aceptar el evangelio y convertirse equivale a practicar una justicia mayor y más genuina que aquella de los escribas y de los fariseos (Cf. Mt 5,20). Vivir el ideal evangélico es desear cumplir en todo la voluntad de Dios (Cf. Mt 6,20). Es preciso, ante todo, buscar el Reino de Dios y su justicia (Cf. Mt 6,36). Jesús, al proclamar esta bienaventuranza, está pensando en las personas que como Él desean ser fieles a Dios; sabe que eso les traerá dificultades, pero les promete que su hambre y su sed “serán saciadas”, y los llama dichosos porque pueden entrar a formar parte de la comunidad cristiana⁷⁹.

2.3.2 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5,7)

Esta bienaventuranza promete la misericordia divina a los que practiquen la misericordia. La misericordia, tal como es entendida en el Sermón de la montaña, no es un puro sentimiento, es decir no se reduce a la sensibilidad del corazón capaz de compadecerse de la desgracia ajena, sino que se expresa concretamente en una manera de obrar. Dicho de otra manera, la misericordia es la compasión que se concreta en la ayuda al prójimo, aún a costa de sacrificios personales. Ser misericordioso es perdonar de corazón y de manera indefinida; es ayudar a los que están necesitados, sin esperar nada a cambio (Cf. Mt 25,31-46)⁸⁰.

La misericordia de Dios se refleja de forma eminente en los gestos y en las palabras de Jesús. Por eso ha de convertirse en ideal de vida para sus discípulos. Jesús revela la misericordia de Dios con los pobres (Cf. Lc 4,18; 7,22) y con los pecadores (Cf. Lc 7,34), a quienes les dedica su tiempo y su compasión (Cf. Lc 5,27.30; 15,1ss; 19,7). Con sus gestos y con sus parábolas, Jesús muestra el verdadero rostro de Dios, como podemos notar en la misericordia del padre bueno con su hijo perdido y recobrado (Cf. Lc 15,20ss)⁸¹.

Jesús proclama dichosos a los misericordiosos, es decir a aquellos que hacen presente y visible en el mundo la misericordia gratuita de Dios. Su felicidad consiste, antes

⁷⁹ Cf. Sicre, José Luis, op., cit., p. 125.

⁸⁰ Cf. Levoratti, Armando, op., cit. p. 302.

⁸¹ Cf. Flecha, José, op. cit., p. 127.

que nada, en ser imagen de Dios misericordioso. Antes que significar una exhortación moral, esta bienaventuranza es el Evangelio de la presencia de Dios en este mundo. Todos han de mostrarse misericordiosos para obtener misericordia de Dios como lo hizo en su momento el buen samaritano, que superó las divisiones humanas y actuó movido por la misericordia (Cf. Lc 10,30-37).

2.3.3 Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8)

Para comprender el sentido de esta bienaventuranza es conveniente tener presente el sentido bíblico de la palabra ‘corazón’. Este término tiene un sentido metafórico, pues designa la realidad profunda de la personalidad humana, la fuente de donde brotan todos los pensamientos, deseos y decisiones humanas. Dios ha dado a los seres humanos un corazón para discernir entre el bien y el mal (Cf. 1Re 3,9; Dn 2, 30). En el corazón se forjan los proyectos y se decide su ejecución (Cf. 2Cor 9,7); de él procede lo que sale de la boca (Cf. Mt 15,18). Por eso, *“no es el alimento lo que hace impuro al ser humano, sino las malas intenciones y los actos que nacen de su corazón”* (Mt 15,20)⁸². Y, en ese sentido, lo que hace Jesús es criticar los escrúpulos con los que los judíos se esfuerzan por limpiar lo exterior (Cf. Mt 23,25).

Esta bienaventuranza de Jesús glorifica a los de corazón limpio, porque “ellos verán a Dios”. Por limpios de corazón se designa a quienes, depuesta la impureza del pecado, se han limpiado de toda mancha y han agradado a Dios con las obras de la fe y de la justicia (Cf. Sal 23,3ss; 51,2).

Los limpios de corazón que el Señor muestra como bienaventurados ahora, son los que viviendo en la fe del Señor, con espíritu puro y con conciencia íntegra, merecen en un futuro cercano, en el Reino celestial, contemplar al Rey de su gloria, ya no como en un espejo enigmático, sino cara a cara, como corresponde a los hijos e hijas de Dios (Cf. 1Cor 13,12)⁸³.

⁸² Cf. Levoratti, Armando, op. cit., p. 302.

⁸³ Cf. Flecha, José, op. cit., p. 139.

*“El que tuviere perfecta limpieza del alma y mortificare en todo sus pasiones, virtud en qué consiste la verdadera santidad que agrada a Dios ese, sin duda, es limpio de corazón”*⁸⁴. Sin embargo, tan importante como la cualidad de la limpieza integral que determina la bienaventuranza, es el premio que se le ofrece: ver a Dios. Ver a Dios es el anhelo de todos los grandes hombres de Israel como Moisés (Cf. Ex 33,18), Elías (Cf. 1Re 19,9-18), entre otros.

La motivación de esta bienaventuranza evangélica tiene una clara connotación: el corazón limpio de pecado y de prejuicios puede llegar a ver a Jesús como el Mesías enviado por Dios. Por eso, la motivación de esta bienaventuranza proclamada por Jesús se abre a una perspectiva escatológica. Con ella se anuncia que los de “corazón limpio” que ellos “heredarán la vida eterna”, tantas veces descrita en términos de una visión de Dios (Cf. 1Cor 13,12; 1Jn 3,2). Toda comunión ha de ser pensada como una comunión con Dios.

Por lo tanto, “limpios de corazón”, para Mateo, son las personas que están interiormente libres de toda malicia y perversidad, cuyo comportamiento exterior corresponde a su ser más profundo, que son leales con Dios y con su prójimo. No se trata, pues, de la pureza exterior obtenida por las abluciones y purificaciones rituales. Jesús los proclama dichosos a ellos, porque ellos verán a Dios, no sólo en la vida futura sino también en la presente. Y Dios se mantendrá a su lado, dándoles fuerza y acompañándolos a lo largo del camino⁸⁵.

2.3.4 Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mt 5, 9)

La paz, en hebreo “shalom”, es fruto de la justicia (Cf. Is 32,17). El término “paz” es una manera de expresar la prosperidad, la seguridad y la armonía en la vida humana (Cf. Gn 22,29; Dt 23,7; Jer 8,15). La paz, para los hebreos, no se limita a la concordia y a la armonía de los hombres entre sí y con Dios. La paz, para ellos, implica también el

⁸⁴ San Juan de Ávila, *Breve exposición de las Bienaventuranzas*. En obras completas VI, Madrid BAC, 1961, p. 453.

⁸⁵ Cf. Levoratti, Armando, op. cit., pp. 302-303.

bienestar, el gozo, la felicidad, la abundancia de bienes, la fecundidad de las tierras y de la familia. En una palabra, la paz es la plenitud a la que aspira el hombre desde lo más hondo de su ser⁸⁶.

Esta bienaventuranza, por lo general se la lee así: “Bienaventurados los pacíficos, porque éstos serán llamados hijos de Dios”. El término “pacíficos” no es la traducción más exacta, porque sugiere una actitud pasiva, de gente tranquila, que no crea problemas ni los alienta. Sin embargo, Jesús habla claramente de una postura activa: “los que trabajan por la paz”. En cierto modo esta bienaventuranza se relaciona con la de los no-violentos, pero da un paso adelante. Veamos.

Se trata de personas que luchan por la paz, y que buscan transmitir este sentimiento a quienes lo rodean. Para un judío, la palabra “paz” abarca muchos aspectos, igual que para nosotros. No se trata solo de la paz política entre las naciones o de la paz social dentro del propio país. Por el contrario, esta paz incluye también la paz con Dios, con la familia, es decir las buenas relaciones de todo tipo. Y junto a esto, el concepto judío de paz incluye también la idea de bienestar individual y social. Ahora bien, Jesús los bendice porque “a estos Dios los llamará hijos suyos”, y entrarán a formar parte de su comunidad⁸⁷.

En la perspectiva de Mateo, los primeros beneficiarios de la búsqueda de la paz son los miembros de la Iglesia, cuya relación debe estar inspirada en la ayuda recíproca y en el perdón de las ofensas (Cf. Mt 18). Pero los que están fuera de la Iglesia no quedan excluidos, ya que Mateo no está de acuerdo con la hostilidad al enemigo. Incluso con ellos hay que practicar el amor, unido a la oración: “*Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores; así serán llamados hijos del Padre que está en el Cielo*” (Mt 5,44-45). Por lo tanto, los que siembran la paz están sembrando las bases del porvenir escatológico: ellos serán llamados hijos de Dios.

Esta promesa no pretende postergar la filiación divina del creyente, situándole únicamente en el más allá o al final de los tiempos. Lo mismo que para el israelita, el

⁸⁶ Cf. López, Francisco. *Las Bienaventuranzas, ley fundamental de la vida cristiana*. Zaragoza: 7ª edición, 1962, p. 351.

⁸⁷ Cf. Sicre, José Luis, op. cit., p. 127.

cristiano se sabe autorizado a llamar Padre a Dios ya en este mundo (Cf. Mt 6,9). Por eso, quien lucha por la paz no se limita a devolver mal por mal; su compromiso supone un grado muy alto de entrega a Dios que se materializa en amor al prójimo⁸⁸.

Entonces, la paz es el resumen de los bienes que Jesús deja en herencia a sus discípulos: “*La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde*” (Jn 14,27). Y es también el saludo con el que se presenta el Resucitado a sus discípulos: “*Paz a vosotros*” (Cf. Jn 20, 19.26).

2.3.4 Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5,10)

Las primeras bienaventuranzas se referían a los sufrimientos presentes: los pobres, los afligidos, los hambrientos. Ahora estamos frente a una bienaventuranza que se refiere a los sufrimientos futuros. Esta octava bienaventuranza tiene la misma motivación que la primera: a los pobres en el espíritu y a los perseguidos por practicar la justicia se les promete el *Reino de los Cielos*⁸⁹.

Por lo tanto, esta bienaventuranza se refiere a las personas que intentan ser fieles a Dios y que son perseguidas a causa de su fidelidad. El mejor ejemplo es el mismo Jesús, criticado, acusado y condenado a muerte por haber sido fiel a Dios.

La bienaventuranza supone que los discípulos de Jesús pertenecen todavía al mundo judío, ya que el lazo que les une a Él provoca reacciones hostiles y son vistos como “malos judíos”, que merecen ser excluidos y expulsados de la comunidad judía. Por lo tanto, los elementos de esta última bienaventuranza son el sufrimiento de los perseguidos, la felicidad de los mismos y la persecución por causa de Jesucristo.

La persecución por Cristo viene a darle un sentido pleno a la bienaventuranza, indicando el motivo de esa felicidad, y determinando que se aplique a los discípulos de

⁸⁸ Cf. Levoratti, Armando, op. cit., p. 303.

⁸⁹ Cf. *Ibíd.*

Jesús que sufren por su causa, siendo esa característica cristológica el punto principal de contraste con las demás bienaventuranzas. Jesús es el motivo que produce el gozo en el sufrimiento; no es el hecho de ser perseguido en sí mismo, sino ser perseguido por la causa de Jesucristo⁹⁰.

En el Antiguo Testamento aparece ya el tema del justo perseguido como afirmación de su bienaventuranza definitiva (Cf. Sab 2-5; 1Mac 6-7). También se describe el gozo después del sufrimiento (Is 35,10; 51,11; 61,7; Sal 126,5); atención, no el gozo en el sufrimiento, sino después de esa experiencia.

Ahora, con Jesús empieza una nueva invitación: llamar al gozo exultante en el sufrimiento; lo nuevo es el motivo: el sufrimiento soportado “por su causa”⁹¹. Las bienaventuranzas no son afirmaciones temporales, sino que están vinculadas internamente con la inauguración del Reino por Jesucristo. Él no dice, como si se tratara de máximas sapienciales, que son bienaventurados por ser pobres, afligidos o perseguidos –lo cual estaría en oposición a la experiencia humana–, sino que son bienaventurados porque Jesús y su Reino, que ya está aquí, es “de ellos”⁹².

La expresión *Reino de los cielos* en Mateo ha de entenderse como un eufemismo respetuoso para evitar el sagrado nombre de Dios. Es así que los pobres de espíritu y los perseguidos por causa de Jesucristo son felices por saber que Dios les pertenece, que Dios es su modelo, ya que Él es el Padre, Protector y única posesión. Por otro lado, subraya la unidad de Dios: Él es el único Señor⁹³. Los pobres están llamados ya a ser bienaventurados, porque con la instauración del Reino, se pone fin a su miseria, y los perseguidos tendrán una gran recompensa, al final, en el cielo. Por lo tanto, el Reino de los cielos no se encuentra en ningún mapa en este mundo; su lugar está en el interior del ser humano, allí crece y desde allí actúa⁹⁴.

⁹⁰ Cf. López, Francisco, op. cit., pp. 378-379.

⁹¹ Cf. Ibidem

⁹² Cf. Ibidem, p. 380.

⁹³ Cf. Flecha, José, op. cit., p. 79.

⁹⁴ Cf. Ratzinger, Joseph, op. cit., p. 77.

Esta bienaventuranza tiene una clara referencia cristológica. Jesús ha asumido con grandeza y generosidad la misión que le ha sido encomendada. La fidelidad a esa misión le va a llevar a la muerte. Por eso, Jesús es el modelo de los mártires y el apoyo de todos los perseguidos por mantenerse firme en la fe. También nos recuerda la vocación y la misión de Iglesia, que es superar la tentación de acomodar el mensaje de Jesús a nuestros criterios y de conformidad con las mareas mundanas. Eso sería traicionar el mensaje y los criterios de Jesucristo, y quizá ese sea el pecado mayor que pueda cometer la Iglesia.

Por lo tanto, la bienaventuranza de los perseguidos nos lleva a reconocer que el seguimiento de Jesús exige una radicalidad tal que, con mucha frecuencia, podrá llevar a sus seguidores a sufrir la persecución. Los discípulos de Jesús han de estar dispuestos a aceptar el martirio, es decir, a dar el testimonio que siempre comporta la fe, que, invariablemente, se opone a las directrices que las sociedades mundanas propugnan y por eso concluyen con la persecución y muerte. Ahora bien, si no les está reservado el martirio de sangre, entonces habrá de afrontar, con mucha frecuencia, el martirio diario de la exclusión y del ridículo⁹⁵.

Es preciso insistir en esta vocación de aceptar y llevar la cruz. A la luz de esta bienaventuranza es preciso considerar que en la vocación cristiana entra el don de Dios y la tarea humana de la fidelidad a la llamada. Esta fidelidad debe concretizarse en la aceptación, a la vez heroica y humilde, de la persecución y del martirio. El discípulo de Jesús es consciente que el seguimiento es hacer el mismo camino de la cruz del Maestro. Entonces, se es feliz por causa de esta persecución o exclusión, generada por el seguimiento fiel y radical de la causa de Jesús.

Tratando de hacer una visión de conjunto de este capítulo, podemos subrayar que todas las bienaventuranzas nos hablan de cuáles son las personas que pueden entender y aceptar el mensaje de Jesús: aquellas que, sin miedo ni cálculos, se van incorporando a la comunidad cristiana.

Esto significa que las bienaventuranzas no son un código de conducta moral que dice: “así tienes que actuar, si quieres ser cristiano”. Es más bien una exposición de

⁹⁵Cf. Flecha, José, op. cit., pp. 172 -173.

situaciones y de actitudes ante la vida que permiten entender el Evangelio y entusiasmarse con las palabras de Jesús⁹⁶. Pero, al tratarse de valores que estima Jesús, no cabe duda que las bienaventuranzas se convierten en un modelo de vida que debemos esforzarnos por imitar para alcanzar la felicidad.

⁹⁶ Cf. Sicre, José Luis, op. cit., p. 128.

CAPÍTULO III

LAS BIENAVENTURANZAS COMO ANUNCIO DE LA FELICIDAD

Las bienaventuranzas son una manera de explicar cómo hacer el camino que nos llevará hasta Dios. Jesús, con su vida y con misión, nos muestra ese camino. Más aún, las bienaventuranzas se concretizan en su Persona; Él es la bienaventuranza absoluta. Por lo tanto, no son las normas legales, sino los criterios del amor lo que debemos asumir en absoluta libertad. Allí empieza la vivencia de la felicidad.

Las bienaventuranzas son presencia viva, en el corazón humano, del Reino de Dios; son, por así decirlo, la Bienaventuranza definitiva, la que ahora es semilla que viene de Dios y que, por provenir de Él, nada ni nadie en este mundo podrá aniquilarla. Por lo tanto, hay que vivir y anunciar las bienaventuranzas como una responsabilidad que Jesús nos encomienda a los cristianos y cristianas. No es algo que se pueda hacer o se pueda dejar de hacer⁹⁷.

3.1 El método de Revisión de vida⁹⁸

La revisión de vida nace en un contexto histórico-ecclesial concreto: el mundo obrero se estaba alejando de la Iglesia, y había la necesidad de evangelizar al trabajador dentro de la realidad social que vivía.

Este método es intuición de la Juventud Obrera Católica (JOC) fundada por Joseph Cardijn en 1925. El método tiene dos características: los laicos deben participar en el apostolado de la jerarquía y la educación de la fe debe hacerse desde el ámbito donde

⁹⁷ Este capítulo se trabajará con el método de Revisión de Vida: Ver, Juzgar y Actuar.

⁹⁸ Cf. En línea: http://www.mercaba.org/Pastoral/R/revision_de_vida.htm Acceso 22 de enero de 2014.

transcurre su vida: el trabajo, el barrio, la familia, la diversión, etc. Estos dos elementos piden una metodología que eduque en y por la acción.

3.1.1 En qué consiste la Revisión de vida

Es el diálogo que un grupo realiza sobre un hecho de vida para que éste llegue a ser transformado según el proyecto de Dios. Supone un paso intermedio de análisis, toma de conciencia de lo que sucede e iluminación desde la fe. El final del proceso es la oración y la acción transformadora. Parte de un supuesto de fe: Dios revela su proyecto de salvación en los acontecimientos cuando éstos son acogidos y leídos desde *“los mismos sentimientos de Cristo Jesús”* (Flp 2,5). En consecuencia, la revisión de vida lleva al encuentro con Dios y a una mayor disponibilidad para hacer su voluntad en las circunstancias concretas en las que transcurre la vida cotidiana.

Se trata de un ejercicio que si hace bien, sintoniza nuestra mente y actitudes con la de Jesús, para que viendo y sintiendo como Él actuemos evangélicamente. La exigencia básica para la revisión de vida es querer hacer la voluntad de Dios; para ello hay que estar atentos y disponibles a lo que el Espíritu Santo pueda sugerirnos.

Las condiciones para hacer Revisión de vida son:

- Que la persona sea militante, es decir evangelizadora y transformadora de la realidad. Dispuesta a compartir sus experiencias y lo que hace (cómo, qué, para qué), para someterlo al parecer de los demás y de la Palabra de Dios.
- Es preciso vivir lo cotidiano con atención, saber mirar lo que sucede para que no pasen desapercibidos aspectos importantes. Y poner por escrito lo que sucede, cómo me sitúo y qué puedo hacer para mejorar la situación.
- No hablar de temas teóricos, sino de la misma vida. Condición básica es la capacidad de hablar de lo que pasa por dentro cuando dejamos que los hechos

afecten la familia, el estudio, el trabajo, el tiempo libre, el uso del dinero, la vivencia de lo religioso, etc.

Por último, digamos unas palabras de los momentos en la revisión de vida. Son tres, dialécticamente relacionados entre sí: ver, juzgar y actuar.

- **Ver.** Se presentan hechos concretos, cotidianos y sencillos; el grupo elige uno que le sea significativo, porque le afecta. Para centrar el hecho hay que fijarse en los aspectos que más expresan las contradicciones humanas. Ahora se hace el análisis del hecho viendo sus causas y consecuencias, lo que produce el hecho y los valores y contravalores que refleja. La lectura creyente se da cuando nos preguntamos qué dice Dios en esa situación concreta.
- **Juzgar.** Al descubrir los valores o contra valores implícitos en el hecho vemos en qué medida nosotros participamos del mismo; una pista consiste en ver las actitudes de las personas que protagonizan el hecho. No se trata de un juicio moral, sino de un encuentro con Dios presente en ese hecho. Nos preguntamos cuál sería la postura de Jesús ante ese hecho; podemos servirnos de palabras, gestos y comportamientos leídos en el Evangelio. El juzgar de Jesús cuestiona nuestras posiciones y justificaciones y nos invita a la conversión.
- **Actuar.** Es la consecuencia lógica del ver y el juzgar. Dios manifiesta su amor, perdón y misericordia, y nosotros debemos concretar nuestra actuación empezando por la conversión personal, y continuando por el compromiso social de cambio de las estructuras del pecado.

3.2 Los pobres, sujetos centrales de la vida cristiana (Ver)

En una sociedad instalada en el consumismo, en el poder y en el placer, parece que el pobre ha desaparecido y ha pasado a ser “*aquel que nada tiene, que ha sido despojado no sólo de sus bienes, sino de su dignidad y derechos, quedando sin lugar en la sociedad,*

*sin fuerza ni esperanza para construirse a sí mismo y participar; que sobrevive con dificultad y desdicha*⁹⁹.

Dado que la percepción de la pobreza varía de unos lugares a otros, de unos tiempos a otros, así como de unos grupos sociales a otros, la pobreza no puede ser vista en abstracto, sino que ha de concretizarse en una persona real, que es el pobre¹⁰⁰.

Nuestra sociedad ha contribuido a diseñar un nuevo ideal humano “*de forma que el homo habilis ha terminado por convertirse en homo consumens*”¹⁰¹, ya que, consumir productos o servicios se ha convertido en una señal de identidad y en una prueba de nuestra propia felicidad. Junto a nuestro afán por poseer se percibe alrededor nuestro una multitud de personas que apenas pueden sobrevivir con lo que tienen y no cuentan ni con medios ni con recursos para llevar una vida digna. A esos es a los que llamamos pobres.

En la literatura actual existen muchas definiciones de pobreza, se habla de la pobreza cultural, de la pobreza intelectual, de la pobreza espiritual, de la pobreza moral, de la pobreza como miseria, etc. Para comprender estos conceptos deberíamos precisar lo que entendemos por pobreza y por pobre.

El concepto que se va abordar, a manera de un hilo conductor, es: “*Pobre es el que carece de bienes materiales o el que siente las carencias de bienes materiales*”¹⁰². Expliquemos esto: pobre es el que carece de bienes materiales, esta es la “experiencia original” de pobre y de pobreza. Por lo que una persona puede que no sepa definir qué es ser pobre, pero con seguridad sabe distinguir un pobre de un rico, por la sola apariencia externa de carencia o no carencia de bienes materiales.

¿Cuándo una persona se siente pobre? Cuando siente la carencia de bienes materiales. Un rico se siente pobre cuando siente la carencia de algo material, cuando se le daña el carro, el televisor, cuando no tiene joyas, etc. Por eso, la carencia de bienes o el

⁹⁹ Juan Pablo II, *Discurso a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Puebla I/8: AAS 71, 1979, pp. 194-195.

¹⁰⁰ Cf. Flecha, José, op. cit., p. 68

¹⁰¹ *Ibidem*. p. 70.

¹⁰² Carrasquilla, Federico. *Escuchemos a los pobres*. Medellín: CISASE, 1996, p. 10.

sentir esas carencias es la experiencia original de pobreza. Es la experiencia que toda persona, de cualquier clase social y en cualquier parte del mundo, ha sentido alguna vez en su vida.

Notemos que no decimos “bienes materiales necesarios”, sino simplemente carencia de bienes materiales, y esto porque el concepto de "lo necesario" es relativo y, además, comparativo. Por ejemplo, un indígena o un campesino no se sienten pobres sino cuando llegan a la ciudad y lo hacen vivir la pobreza. La persona, mientras no sea consciente de las carencias, no se siente pobre, aunque de hecho carezca de muchos bienes; por el contrario, una persona puede sufrir la carencia de algo y considerarse pobre, aunque por otra parte tenga abundancia de bienes¹⁰³.

A partir de esta descripción de pobreza como carencia o como sentimiento de carencia de bienes materiales, se dan dos maneras de ver al pobre: El concepto clásico de origen europeo¹⁰⁴, que es la manera tradicional que ha dominado en el pasado en forma generalizada a todo el mundo, y que ha influenciado y sigue influenciando el pensamiento universal, y el concepto latinoamericano, que surge a través de la experiencia de estos países pobres.

El concepto latinoamericano de pobre parte del concepto universal de que pobre es el que carece de bienes materiales o siente las carencias. Pero, la perspectiva nueva es que en el concepto clásico se le da a las carencias un calificativo moral, se dice que la pobreza es un mal, mientras que en el nuevo concepto se le da un calificativo existencial, es decir, el carecer de bienes materiales no es una cosa mala, tampoco es cosa buena, es un simple dato de existencia. En esta forma se rompe el dilema moral entre bueno y malo. Es lo mismo, que decir que el europeo es blanco, el africano es negro, el americano es cobrizo.

¹⁰³ Cf. Ibidem. p. 11.

¹⁰⁴ Se parte del sentido original de pobre: *pobre es el que carece de bienes materiales, pero inmediatamente se le da un calificativo moral: se miran esas carencias como algo malo. Ser pobre, es una desgracia, es algo negativo, es ser menos, y aunque se le reconozcan ciertos valores, de todas maneras, se debe eliminar la condición de pobreza porque es destructora. Las causas de la condición del pobre que ha elaborado la teoría clásica son: a) El destino, la naturaleza o Dios. b) Mala voluntad de las personas, ya sea del rico o del pobre. c) El Sistema Social.* Cf. Carrasquilla, Federico, op. cit., pp. 13-14.

Son datos que no tienen ninguna connotación moral, porque no representan un juicio de valor¹⁰⁵.

Si se parte del hecho de que las carencias son simples datos de existencia, la reflexión no se orienta al sentido causal, sino existencial, se busca, ante todo, ver qué significa en el pobre esas carencias y qué efectos le están produciendo. La carencia de bienes materiales hace que la persona mire la realidad de una manera que le proporciona una experiencia propia de la vida; le da una forma peculiar de sentir la vida¹⁰⁶.

La visión latinoamericana está centrada en las vivencias de esas carencias y en la destrucción que producen. Veamos algunas características:

- *Produce una manera propia de mirar el mundo*, una visión del mundo que se expresa a través de valores o anti valores. Por el momento no afirmemos si son auténticos o no. Simplemente se afirma que las carencias materiales marcan el ser de la persona dándole una manera propia de mirarse a sí mismo, de mirar a los demás y de mirar la naturaleza¹⁰⁷.
- *Una destrucción del pobre*. Destrucción que se puede definir como un deterioro físico o síquico que impide a la persona realizar sus potencialidades humanas. La visión del mundo que tiene el pobre (con sus valores y anti valores) es inseparable de las carencias, pero no se identifica con ellas. La visión del mundo del pobre es inseparable de las carencias, es decir, no se puede dar si no se dan las carencias. Por ejemplo, el compartir, que es una característica típica del mundo pobre, no se da si de hecho no hay una renuncia, una entrega de bienes materiales¹⁰⁸.
- *La destrucción del pobre es inseparable de sus carencias*, pero no se identifica con ellas. La destrucción es inseparable de las carencias. Es decir, la destrucción es el producto de las carencias. Por ejemplo la desnutrición, la falta de educación, la

¹⁰⁵ Cf. *Ibíd.*, p. 21.

¹⁰⁶ Las carencias tienden a producir destrucción o deterioro, porque le impiden a la persona desarrollar sus capacidades de vida. Así por ejemplo, el no poder estudiar ni desarrollar la inteligencia. Un niño desnutrido no puede tener la misma capacidad intelectual que otro bien alimentado, porque en el desnutrido se produce un deterioro en sus potencialidades de hombre. En ambos casos se dan distintos niveles de destrucción.

¹⁰⁷ Cf. *Ibíd.*, p. 21.

¹⁰⁸ Cf. *Ibíd.*, p. 22.

poca esperanza de vida del pobre, son producto de carencias materiales, y si se quiere quitar esa destrucción, necesariamente hay que atacar las carencias. La destrucción del pobre es de tipo existencial y cultural. Lo grave no es carecer de bienes materiales, sino el efecto que pueden producir esas carencias. Por eso, la pobreza no es una condición simplemente material, es una condición existencial y social, la persona a causa de las carencias materiales se siente destruida, siente que no es reconocida como persona¹⁰⁹. La destrucción del pobre está, entonces, en que por causa de la pobreza, ésta los induce a hacer cosas que no querían hacer y que lo destruían como persona. Porque, para ellos la pobreza los había llevado a cometer actos que los destruían¹¹⁰.

En el enfoque latinoamericano, sin que deje de importar lo material, el análisis se centra en las consecuencias de las carencias, no en las carencias en sí mismas. Ello no implica pasar de lo material a lo espiritual, sino tener como base lo material, para comprender la destrucción de la persona. El pobre aparece como un “no-hombre”, y esta nueva concepción sobre el pobre tiene grandes implicaciones en el trabajo pastoral que se haga con el pobre.

Todo trabajo con el pobre debe empezar valorizando su visión del mundo y buscando soluciones ante su destrucción. Además, en el mundo de los pobres existen muchos valores que sólo ellos son capaces de vivir. El pobre es una persona que tiene algo que lo caracteriza, que lo identifica como pobre, es su visión del mundo y, a la vez, una tarea: liberarse de aquello que lo hace padecer a causa de las carencias materiales. Pero, también es consciente que nadie lo puede liberar, sino él es el único que puede salir de su situación de pobreza, él es el único que puede luchar contra su destrucción. Se le puede ayudar para que él mismo se libere, ya que nadie puede imponer sus valores a una persona. A alguien se le puede imponer condiciones materiales, pero no se le puede obligar a vivir unos valores.

Leonardo Boff sostiene que el común de las personas considera al pobre como aquel que no tiene nada (comida, casa, vestido, trabajo, cultura). Los que poseen bienes

¹⁰⁹ *Ibíd.*

¹¹⁰ *Cf. Ibíd.*, p. 4.

materiales, se dice, tienen que ayudarlo a liberarse de su pobreza. Esta estrategia va cargada de buena voluntad y de recta intención, y está a la base de todo asistencialismo y paternalismo históricos, pero no es eficiente ni suficiente.

No libera al pobre, ya que lo mantiene en un estado de dependencia. Peor aún, tampoco valora el potencial liberador del pobre. Pobre no es el que no tiene nada; de hecho tiene una cultura, una capacidad de trabajo, de colaboración, de organización y de lucha. Solamente cuando el pobre confía en su potencial y opta por otro pobre, se crean las verdaderas condiciones para una auténtica liberación. El pobre se transforma en sujeto responsable de su propia vida; se convierte en un ser libre, capaz de autodeterminarse para la solidaridad con el otro, con quien es distinto a él¹¹¹.

En el documento de Medellín el tema de la pobreza se plantea desde tres dimensiones específicas. En el numeral 4 se sostiene cuáles son éstas:¹¹²

- *La pobreza como carencia de los bienes* de este mundo es, en cuanto tal, un mal. Los profetas la denuncian como contraria a la voluntad del Señor y las más de las veces como el fruto de la injusticia y el pecado de los hombres.
- *La pobreza espiritual* es el tema de los pobres de Yahvé. La pobreza espiritual es la actitud de apertura a Dios, la disponibilidad de quien todo lo espera del Señor. Aunque valoriza los bienes de este mundo no se apega a ellos y reconoce el valor superior de los bienes del Reino.
- *La pobreza como compromiso* que asume, voluntariamente y por amor, la condición de los necesitados de este mundo para testimoniar el mal que ella representa y la libertad espiritual frente a los bienes, sigue en esto el ejemplo de Cristo que hizo suyas todas las consecuencias de la condición pecadora de los hombres, y que "siendo rico se hizo pobre" (Cf. Flp 2,5-8), para salvarnos.

¹¹¹ Cf. Revista Concilium 5/95, editorial BAC, Madrid, p. 835.

¹¹² CELAM. *Las cuatro conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá: Ediciones del CELAM, 2004, p. 236.

El documento de Puebla, por su parte, describe la situación de extrema pobreza generalizada que adquiere, en la vida real, rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, de la siguiente manera: niños golpeados por la pobreza antes de nacer, jóvenes frustrados en zonas rurales y suburbanas, indígenas marginados y que viven en situaciones inhumanas, campesinos sin tierra y sometidos a la explotación, obreros mal retribuidos y privados de sus derechos, subempleados y desempleados despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y, muchas veces, de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos, marginados y hacinados urbanos frente a la ostentación de la riqueza, ancianos marginados, cada día más, de la sociedad del progreso, que prescinde de las personas que no producen (Cf. Puebla, 31-39).

Los pobres son los empobrecidos por otros. Pobreza no es mera carencia, no es mera dificultad de dominar la vida, sino dificultad de vivir, causada por otros; ignominia añadida, introducida por otros. Pobreza, entonces, es pecado que "*clama al cielo*" (Medellín. Justicia 1), porque "*es contrario al plan del Creador y al honor que se merece*", (Puebla, 28). Esta pobreza, histórica y dialéctica se hace masiva y duradera; no es casual y exige cambios profundos de las estructuras (Puebla, 30).

Por su parte, el Papa Francisco en la exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* levanta su voz con fuerza para invitarnos a cuidar a los más débiles: los sin techo, los toxico-dependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados y los migrantes que son desenraizados de sus costumbre. El Papa exhorta a los países a tener una generosa apertura; les habla de las víctimas de la trata de personas y de las nuevas formas de esclavitud. En nuestras ciudades está instalado este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda. Doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia. Entre esos débiles, que la Iglesia quiere cuidar con predilección, están los niños por nacer, que son los más indefensos e inocentes de todos, a quienes hoy se les quiere negar su dignidad humana. Todos estamos llamados a cuidar la fragilidad del pueblo y del mundo en que vivimos (Cf. E.G., 210-213)¹¹³

¹¹³ http://www.vatican.va/holy_father/francesco/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esorta_zione-ap_20131124_evangelii-gaudium_sp.html (28/11/2013) en adelante se citará E.G.

3.2 Jesús optó por los Pobres (Juzgar)

Tratemos de acercarnos a la manera cómo Jesús vivió su existencia pobre y cómo se situó frente al pobre. ¿Qué significó para Jesús la existencia pobre? Lo primero que hay que anotar es que Jesús llevó una existencia pobre y vivió entre los pobres. Este es un hecho imposible de ocultar y tiene, ante todo, un significado antropológico: para Jesús la pobreza fue una manera de vivir su existencia humana, que expresa su manera de ser y de hacer su misión. Jesús vivió como hombre a la manera del pobre.

Por eso, la existencia pobre en Jesús tiene no solamente un sentido espiritual: *Jesús fue pobre por humildad, se hizo pobre para darnos ejemplo*; ni tampoco un sentido sociológico: *Jesús se hizo pobre; perteneció a la clase social de los pobres*. La existencia pobre de Jesús tiene, ante todo, un significado antropológico: se hizo pobre porque fue su manera de asumir la condición humana.

Miradas así las cosas, las dos concepciones, la espiritual y la sociológica, sólo nos dan una lectura recortada y parcializada de la Encarnación. Lo que recupera la dimensión total de su Encarnación es la significación antropológica, ya que complementa la dimensión espiritual con la sociológica¹¹⁴.

Amplíemos esta manera de ver la pobreza de Jesús, porque creemos que es el núcleo, no sólo para la comprensión de la existencia pobre de Jesús, sino para descubrir su significado para el hombre. Estas tres dimensiones aparecen en la carta a los Filipenses (2,5-8):

“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz”

- "Y se humilló a sí mismo" es la dimensión espiritual.
- "Tomando naturaleza de siervo nació como hombre", es la dimensión antropológica.

¹¹⁴ Cf. Carrasquilla, Federico, op. cit., p. 54.

- "Haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz", es la dimensión sociológica, donde la condición humana de pobre se concretiza asumiendo la condición de los más pobres.

Si se quiere, entonces, respetar el sentido total de la existencia de Jesús, es preciso tener en cuenta estas tres dimensiones y recuperar, sobretodo, la significación antropológica, porque cuando se tiene en cuenta sólo la dimensión espiritual o la sociológica, se falsea el sentido real de la existencia de Jesús y el valor que tiene para comprender la existencia humana y orientar el compromiso con el pobre¹¹⁵.

El apóstol Pablo abre este pasaje bíblico con la declaración de que Cristo siendo Dios eterno, se hizo hombre, completa y absolutamente, dejando de lado su dignidad y rangos eternos. Al hacerse hombre abrazó la condición de esclavo, y no contento con ello se humilló aún más, despojándose de toda gloria divina, apareciendo como un hombre ordinario, pobre, que practicó la obediencia –que era virtud característica de los esclavos–, al punto que terminó en una muerte en cruz. La profundidad de esta humillación ha sido superada por la altura de su glorificación¹¹⁶.

Jesús se despoja de sí mismo de la gloria que le era propia, para tomar la condición de siervo. Uno se puede privar sólo de lo que ya posee, no de aquello a lo cual simplemente se aspira o se desea aspirar. En este mismo sentido, Pablo nos dice en 2Cor 8,9: *“Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza”*¹¹⁷.

Jesús rompe con las convenciones sociales de su época. No respeta la división de clases. Habla con todos. Jamás teme a contraer "impurezas legales" por estar, por tocar o por comer con un pobre. Conversa y se deja tocar por una prostituta (Lc 7,37-38), acoge a los gentiles (Mc 7,24-30), come con un gran “ladrón” como Zaqueo (Lc 19,1-10), llama a un cobrador de impuestos como Mateo (Lc 5,27-32), acepta que las mujeres le acompañen, se vuelve muy cercano a ellas, cosa inaudita en su tiempo.

¹¹⁵ Cf. *Ibíd.*

¹¹⁶ Cf. Sullivan, Kathryn. *Conoce la Biblia, Nuevo Testamento*. Santander: Sal Terrae, 1965, p. 26.

¹¹⁷ Cf. Staad, Karl. *Cartas a los Tesalonicenses, Cartas de la Cautividad*. Barcelona: Herder, 1974, p. 268.

No cabe duda, Jesús estuvo de parte de los pobres, los que lloran, los que pasan hambre, los que no tienen éxito, los insignificantes... Se preocupa de los enfermos, de los tullidos, de los leprosos y de los posesos. Y lo que es más, se mezcla con los moralmente fracasados, con los descreídos e inmorales públicos. Recorre los lugares donde se encuentra la gente pobre, anunciándoles el Reino de Dios. Son los enfermos y no los sanos, los pecadores y no los justos, los que le necesitan (Mc 2,17). Por eso va hacia ellos, los cura, les dice que Dios los ama y les perdona. Así, con su propia vida, Jesús encarna una línea de fuerza importante del Antiguo Testamento: da rostro a Dios y lo revela como Padre misericordioso.

Tan importante es esta opción de Jesús por los pobres, que hace de esta actitud suya el distintivo de su misión. A la pregunta por el valor de la esperanza en Él, Jesús señala su acción entre los ciegos, cojos, sordos y leprosos, y el hecho de que los pobres estén recibiendo la Buena Noticia (Cf. Mt 11,4)¹¹⁸. Además, Jesús dice que a Él se le encuentra en otros rostros: el del hambriento, el desnudo, el encarcelado, el enfermo, etc. (Cf. Mt 25,31-46)¹¹⁹.

Jesús optó por llevar una vida pobre¹²⁰, es decir, la vida pobre de Jesús es el resultado de una opción de pura gratuidad. Jesús fue pobre porque quiso. Y esa opción permaneció toda su vida, no fue un acto de humildad, sino un estilo de vida que Él adoptó libremente. Por eso, la opción de Jesús por el pobre es pura gratuidad.

Jesús opta por la existencia pobre porque le descubre una significación y una serie de valores. Jesús es la primera persona que presenta la condición de pobre como ideal de vida, ya que la pobreza era considerada como un mal. “*En el Antiguo Testamento nunca se puso la pobreza como un ideal de vida. Esta novedad será propia del estilo y de la vida de Jesús*”¹²¹. Jesús propone directamente la pobreza como ideal de vida (Cf. Mt 5,3; Mt 18,3; Mt 19,16).

¹¹⁸ Cf. Sobrino, Jon. *Resurrección de la Verdadera Iglesia*. Santander: Sal Terrae, 2ª. Edición, 1984, p. 109.

¹¹⁹ *Ibidem*.

¹²⁰ Cf. Gutiérrez, Gustavo, en el Libro “*El Dios de la Vida*”, desarrolla la opción de Jesús por llevar una vida pobre.

¹²¹ Cf. Diccionario de Teología de la Vida Religiosa, p. 1327.

En las bienaventuranzas Jesús dice: "*Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos*"(Mt 5,3). No dice, bienaventurados los pobres porque van a dejar de ser pobres. Ahora bien, si Jesús propone la pobreza como estilo de vida es porque descubre su gran valor. Nadie puede proponer algo negativo como digno de vivirse, y el valor fundamental que Jesús descubre en la existencia pobre es que permite llevar la existencia que Él propone como modelo de existencia humana.

La existencia pobre le ofrece el modelo de vida humana que Él vino a ofrecer al hombre. Por eso, al hombre rico (Mc 10,17) le propone directamente este tipo de existencia; y los apóstoles, al acoger la invitación de Jesús a seguirle, lo dejan todo (Mc 1,16). La existencia pobre permite vivir los valores del Reino. Es la razón por la cual merece optar por ella y vivirla¹²². Por lo tanto, las bienaventuranzas son la "radiografía de la existencia pobre": bienaventurados los mansos, los despojados, los pacíficos, los limpios de corazón. Todas estas son actitudes de los pobres. Sin duda, por ello es que los pobres entienden mejor lo que es el Reino de Dios, lo que lleva a Jesús a alabar al Padre, "*porque reveló estas cosas a los pequeños y se las ocultó a los sabios*" (Lc 10, 21).

Jesús hace su acción desde los pobres, para los pobres y con medios pobres. El punto de partida, el punto de llegada y los medios que utiliza Jesús son todos del mundo pobre. El pobre tiene en la práctica de Jesús todo un protagonismo. Jesús hace su acción desde los pobres. Él vino no solamente para salvar a los pobres, sino a todo el mundo, pero precisamente porque vino a salvar a todos, se situó al lado de los pobres, porque el lugar del pobre es el único lugar universal. En esa línea se ubica Charles de Foucauld, cuando sostiene en el comentario del evangelio del nacimiento:

Jesús desde el principio quiso ser el hermano universal, mostrar que venía para todos los hombres, por eso nació en un pesebre, allí pudieron acudir, primero los pastores y luego los magos. Si Jesús hubiera nacido en el palacio de Herodes, habrían podido entrar los magos pero no los pastores¹²³.

El Salvador nació en un pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no

¹²² Cf. Carrasquilla, Federico, op. cit., p. 56.

¹²³ Citado por Carrasquilla, Federico, op. cit., p. 57.

podían permitirse pagar un cordero (Cf. Lc 2,24; Lev 5,7); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitud de desposeídos, y allí manifestó su promesa: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres*” (Lc 4,18). A los que estaban cargados de dolor, agobiados por la pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: “*Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece*” (Lc6, 20); con ellos se identificó: “*Tuve hambre y me disteis de comer*”, y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (Cf. Mt 25,35s; Cf. EG, 197).

Por lo que, Jesús le dio una especial importancia a los medios (Cf. Mt 4, 1). En el pasaje de las tentaciones, a Jesús se le ofrecen como formas de acción los medios de poder: el poder económico, político y religioso y cuando empieza su vida pública se le ofrece el poder popular, la gente lo quiere proclamar Rey (Cf. Jn 6,15). Jesús rechaza apoyarse en estos poderes, que “racionalmente” serían los más apropiados para que lo reconocieran como Dios, pero opta por los medios pobres (acogida, generosidad, entrega, ayuda, amor, servicio, etc.). Los medios pobres son los únicos eficaces para su misión.¹²⁴

La opción de Jesús por el pobre es en función del Reino, ello quiere decir que la opción de Jesús por el pobre no es una opción individualista¹²⁵. Jesús viene a hacer una sociedad nueva, trae un proyecto comunitario que es el Reino. Por ello, la preocupación de Jesús no es simplemente liberar al pobre, sino construir una sociedad nueva. La actividad de Jesús es desde la persona del pobre, pero no es una acción individual, sino que busca hacer una sociedad nueva. Pero se descubre que el individuo no existe como un ser aislado, sino dentro de una red de relaciones y. por lo tanto, la persona no se cambia simplemente por voluntad, sino que tiene que haber un cambio de estructuras para alcanzar una conversión eficaz.

¹²⁴Jesús descalifica la riqueza como ideal de vida, y no sólo opta por el pobre, sino que rechaza la riqueza como opción de vida o como objetivo de vida. La riqueza no puede ser el fin de la búsqueda del hombre, no se puede servir a Dios y al dinero (Cf. Mt 6,24); quien sigue a Jesús tiene que asumir los valores del pobre: la justicia y la solidaridad (Cf. Lc 19,1).

¹²⁵ Cf. Nolan, Albert. *Jesús Hoy*. Santander: Sal Terrae, 2007, p. 90.

Por otro lado, la cruz es consecuencia de su estilo de vida. Jesús asume las consecuencias de su apostolado, pero le cambia su significación y asume la cruz, no como lugar de destrucción, sino como signo de vida¹²⁶. Dicho en otras palabras, la muerte se convierte en vida (Cf. Heb 12, 2). Jesús, en su vida pobre, es supremamente libre, tanto en lo que hace como en lo que propone. Su preocupación no es tener o no tener, sino vivir los valores del Reino, y desde ahí vivir y proponer una renuncia a los bienes materiales. En Lc 19,1, a Zaqueo no le exige ninguna renuncia; es Zaqueo quien descubre que no puede acoger a Jesús en su vida si no se vuelve justo y devuelve lo robado y comparte todo lo que le era propio.

Para Jesús, los pobres tienen una participación especial en el Reino de Dios (Lc 6,20). Él les trae una Buena Noticia: los despreciados y pecadores están invitados, de manera especial, al banquete de Dios. Jesús anuncia el Reino de Dios a los marginados de toda esperanza, humana y divina, a los que no pueden caminar según la Ley, a los que no eran dignos de escuchar la Palabra esperanzadora de la Alianza de Yahvé, a los que la sociedad y la sinagoga consideraban muertos en vida, inútiles ante el mundo y ante Dios. A ellos, más que a nadie, va dirigida la Buena Noticia; ellos son los invitados a participar del Reino¹²⁷.

3.3 Respondiendo a las necesidades del pobre (Actuar)

Durante mucho tiempo hemos pretendido justificar la situación de pobreza, afirmando que es fruto de la pereza o de la incapacidad para el ahorro por parte de los pobres. Pero ya no es posible seguir manteniendo por más tiempo esta falsa percepción de la realidad. Debemos admitir, con vergüenza, que muchas personas viven en la pobreza porque muchos viven en la riqueza. Personas individuales, grupos sociales, países enteros y hasta continentes del planeta han hecho hasta lo imposible por enriquecerse sin medida reduciendo a otras personas a la pobreza.

¹²⁶ Cf. Ratzinger, Joseph, op. cit., p. 231.

¹²⁷ Cf. Joachin, Jeremías. *Teología del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme, 1980, pp. 134-136.

La explotación de los recursos naturales, los grandes monopolios del comercio, el desequilibrio entre los precios de las materias prima y los productos industrializados, las nuevas patentes de los descubrimientos científicos y técnicos, especialmente de los medicamentos, es lo que mantiene a muchas personas en una dependencia humillante.

Frente a esta situación social que hemos creado y que nos configura hoy no podemos ser indiferentes. Como cristianas y cristianos, hemos de preguntarnos cada día cuál es el mensaje de Jesús respecto a la pobreza y, de manera muy especial y delicada, respecto a los pobres. ¿Qué actitud se espera de nosotros y nosotras?

En el Nuevo Testamento, la pobreza material aparece con frecuencia como signo de la necesidad de salvación y de la disposición para acoger la Buena Nueva. María canta al Dios que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes (Cf. Lc 1,52); la encarnación del Verbo de Dios es precisamente el misterio del anonadamiento de Dios y de su abrazo con la pobreza humana. El Señor se hace pobre, nace pobre, es perseguido, vive pobremente y no tiene donde reclinar la cabeza (Cf. Mt 8,19). Jesús es el modelo y prototipo del pobre, que se abre totalmente a Dios y vive con los demás una relación justa y de iguales.

La Iglesia se inspira en el evangelio de las bienaventuranzas, se deja guiar por la pobreza de Jesús y centra su atención en los pobres. Por eso, “*surge en ella el amor por los pobres, este amor se refiere a la pobreza material y también a las nuevas formas de pobreza, cultural y religiosa (CEC, 1033)*”¹²⁸. Desde esta perspectiva se ha cuestionado si su quehacer evangelizador frente a los pobres, ha buscado dar respuestas a los problemas que han surgido a los largo de la historia. Esta inquietud encuentra una respuesta en la Doctrina Social de la Iglesia, donde se busca optar siempre por los más débiles, como fidelidad a sus principios rectores que, entre otros, son:

- *Dignidad de la persona humana*. El mensaje fundamental de la Sagrada Escritura anuncia que la persona humana es criatura de Dios (Cf. Sal 139,14-18) y especifica el elemento que lo caracteriza y distingue su ser como imagen de Dios: “*Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los*

¹²⁸ Conferencia Episcopal Colombiana, *Catecismo de la Iglesia Católica*, Colombia, 1992.

creó” (Gen 1,27). Dios coloca la criatura humana en el centro y en la cumbre de la creación; al hombre, Dios sopla el aliento de vida (Cf. Gen 2,7), de ahí que, por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien¹²⁹.

- *Bien Común.* De la dignidad, unidad e igualdad de todas las personas deriva, en primer lugar, el principio del bien común, al que debe referirse todo aspecto de la vida social para encontrar plenitud de sentido. Según una primera y vasta acepción, por bien común se entiende el conjunto de condiciones de vida social que hacen posible a las asociaciones, y a cada uno de sus miembros, el logro más pleno y fácil de la propia perfección¹³⁰.
- *Principio de subsidiariedad.* El principio de subsidiariedad protege a las personas de los abusos de las instancias sociales superiores e insta a estas últimas a ayudar a los particulares y a los cuerpos intermedios a desarrollar sus tareas. Este principio se impone porque toda persona, familia y cuerpo intermedio tiene algo de original que ofrecer a la comunidad¹³¹.
- *Solidaridad.* La solidaridad confiere particular relieve a la intrínseca sociabilidad de la persona humana, a la igualdad de todos en dignidad y derechos, al camino común de los seres humanos y de los pueblos hacia una unidad cada vez más convencida. La cumbre insuperable de la perspectiva indicada es la vida de Jesús de Nazaret, el hombre nuevo, solidario con la humanidad hasta la “muerte de cruz” (Flp 2,8)¹³².
- *Destino universal de los bienes.* Entre las múltiples implicaciones del bien común, adquiere inmediato relieve el principio del destino universal de los bienes. Dios ha destinado la tierra, y cuanto ella contiene, para uso de todos los hombres y de todos los pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa, bajo la defensa de la justicia y con la compañía de la caridad. El principio

¹²⁹ Cf. Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Ed. de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, Quito, 2005, pp. 58-62.

¹³⁰ Cf. *Ibíd.* p. 89.

¹³¹ Cf. *Ibíd.* p. 100.

¹³² Cf. *Ibíd.* pp. 104-105.

del destino universal de los bienes exige que se vele con particular solicitud por los pobres, por aquellos que se encuentran en situaciones de marginación y, en cualquier caso, por las personas cuyas condiciones de vida les impide un crecimiento adecuado. A este propósito se debe reafirmar, con toda fuerza, la opción preferencial por los pobres¹³³.

La Iglesia latinoamericana ha buscado dar respuesta al llamado de la misión vivida por Jesús: su opción preferencial por los pobres. En el documento de Puebla, entre los signos que revelan la auténtica labor evangelizadora, se subraya "*El amor preferencial y la solicitud por los pobres y necesitados* (Puebla, 382)¹³⁴. Para la Iglesia, los pobres son el rostro de Jesús, por eso ella hace una opción preferencial, una opción solidaria, una opción no excluyente ni exclusiva. Categóricamente, evangelizar a los pobres es para Jesús uno de los signos mesiánicos y también debe serlo para la Iglesia, como signo de su autenticidad evangélica.

La opción preferencial por los pobres tiene como objetivo el anuncio de Cristo Salvador a los pobres, a quienes ilumina su dignidad, les ayuda en sus esfuerzos de liberación de todas las carencias y los llevará a la comunión con el Padre y con los hermanos, mediante la vivencia de la pobreza evangélica (Cf. Puebla, 1153). Y, en ese sentido, la fundamentación de la opción está en la evangelización que hace el mismo Jesús (Puebla, 1141), en defensa de los desvalidos, como respuesta al amor de Dios hacia ellos, por el mero hecho de ser pobres (Cf. Puebla, 1142). Históricamente, esta opción por los pobres es exigida "por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos en América latina" (Puebla, 1154).

En vista a su opción pastoral, este voto es preferencial, no excluyente. No significa, por lo tanto, desatender la evangelización de otros, aunque se insinúa que incluso para la evangelización de los que no son pobres esta opción es muy importante y necesaria. El testimonio de una Iglesia pobre puede evangelizar a los ricos que tienen su corazón

¹³³ Cf. *Ibíd.*, p. 97.

¹³⁴ CELAM, *Las cuatro conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano*, op. cit., p. 400.

apegado a las riquezas, convirtiéndolos y liberándolos de esta esclavitud y de su egoísmo (Cf. Puebla, 1156).

El documento de Santo domingo nos recuerda que, evangelizar es hacer lo que hizo Jesucristo, cuando en la sinagoga mostró que vino a “evangelizar” a los pobres (cf. Lc 4, 18 -19). Él “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8, 9). Él nos desafía a dar un testimonio auténtico de pobreza evangélica en nuestro estilo de vida y en nuestras estructuras eclesiales, tal cual como él lo dio. Ésta es la fundamentación que nos compromete en una opción evangélica y preferencial por los pobres, firme e irrevocable pero no exclusiva ni excluyente. Es descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor (cf. Mt 25, 31 -46) es algo que desafía a todos los cristianos a una profunda conversión personal y eclesial (SD, 177).

Por su parte, el documento de Aparecida retoma la opción por los pobres y los excluidos, dentro de la amplia preocupación por la dignidad humana. La opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña.

De hecho, Juan Pablo II, dirigiéndose a nuestro continente, sostuvo que convertirse al Evangelio para el pueblo cristiano que vive en América, significa revisar todos los ambientes y dimensiones de la vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común. Nuestra fe proclama que “Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre”. Por eso *“la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano”* (Cf. Heb 2,11-12) (DA, 291-293)¹³⁵.

De nuestra fe en Cristo brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, de hermandad y de servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de las personas más vulnerables y excluidas, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser

¹³⁵ Cf. Documento Conclusivo de Aparecida. Bogotá: 2ª edición, ECEE, 2007, p. 195.

sujetos de cambio y de transformación de su situación. El Papa nos ha recordado que la Iglesia está convocada a ser “abogada de la justicia y defensora de los pobres” ante “intolerables desigualdades sociales y económicas”, que “claman al cielo”. La opción preferencial por los pobres exige que prestemos especial atención a aquellos profesionales católicos que son responsables de las finanzas de las naciones, a quienes fomentan el empleo, los políticos que deben crear las condiciones para el desarrollo económico de los países, a fin de darles orientaciones éticas coherentes con su fe (Cfr. DA, 394).

Y continúa el documento de Aparecida diciendo que la Iglesia hoy quiere ratificar y potenciar la opción de amor preferencial por los pobres que se había hecho en las conferencias anteriores. Que sea preferencial implica que debe atravesar todas las estructuras y prioridades pastorales.

La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre todos los pueblos. Es necesaria una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos y evite toda actitud paternalista. Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación. No podemos olvidar que el mismo Jesús lo propuso con su modo de actuar y con sus palabras: “*Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos*” (Lc 14, 13)¹³⁶.

Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres. Día a día los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia (Cfr. DA, 398).

En ese mismo sentido, el Papa Francisco exhorta a que la Iglesia opte por los pobres como una categoría teológica que es mucho más que perspectivas cultural,

¹³⁶ Documento de Aparecida, 395-396.

sociológica, política o filosófica. Para el Papa, se quiere una Iglesia pobre para los pobres. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria (Cfr. EG, 198-200).

En cada lugar y circunstancia, los cristianos, alentados por sus Pastores, están llamados a escuchar el clamor de los pobres, como tan bien expresaron los Obispos de Brasil: “Deseamos asumir, cada día, las alegrías y esperanzas, las angustias y tristezas del pueblo brasileño, especialmente de las poblaciones de las periferias urbanas y de las zonas rurales –sin tierra, sin techo, sin pan, sin salud– lesionadas en sus derechos. Viendo sus miserias, escuchando sus clamores y conociendo su sufrimiento, nos escandaliza el hecho de saber que existe alimento suficiente para todos y que el hambre se debe a la mala distribución de los bienes y de la renta. El problema se agrava con la práctica generalizada del desperdicio” (EG, 191)... El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno (EG, 193).

Por lo tanto, los cristianos y cristianas estamos llamados a tener las actitudes de Jesús y a optar por los pobres. Estar atentos al otro, ser cercanos a ellos, escucharlos y acompañarlos; ser respetuosos y pacientes del proceso de cada uno de los seres humanos en su proceso de adultez en la fe. Debemos aprender a confrontar al hermano para que se valore, para que se comprenda y para que acepte su vida y la defienda como don que debe respetarse. Ser compasivos, abrir el corazón al dolor de los hermanos, dar respuestas llenas de esperanzas, todo ello es parte de la tarea evangélica que tiene que llevar adelante la Iglesia, si quiere ser fiel al mandato misionero de su Maestro y Señor.

IV. CONCLUSIONES

Al terminar este trabajo, esperamos haber iluminado en algo el camino que el ser humano debe recorrer para alcanzar la verdadera felicidad. En la búsqueda de la felicidad, *“El ser humano es un eterno insatisfecho”*¹³⁷, no se conforma con lo que tiene, con lo que es. Por eso, algunos creen encontrar la felicidad en la riqueza, en el placer, en el poder, entre otros.

Es evidente reconocer que la felicidad no puede consistir en las riquezas, ya que en el momento de adquirirlas puede llegar a sentir algo de felicidad, pero luego sigue en el interior del ser humano el deseo de “más”.

Tampoco radica en el placer, que es el deseo de satisfacer sus deseos y necesidades para disfrutar de la vida, llenando las carencias. Los que piensan que así pueden lograrlo, creen que serán inmensamente felices. Pero, no hay que confundir el placer que nos da el realizar ciertos actos donde las emociones que se experimentan son efímeras, con la felicidad que llena la vida. Esta satisfacción nunca es total, la pasión del placer se supera y eleva desde la donación. Si uno quiere vivir el placer de una vida sana y de la plenitud en el placer, debe comenzar por dar y darse, entregar y entregarse.

Por último, para muchas personas el poder es el principio y la felicidad sería el fin último. El poder sirve para el bien y para el mal, mientras que la felicidad es un bien propio y perfecto del ser humano. Se podría decir que un cierto modo de felicidad se lograría con el buen uso del poder, mediante la virtud más que por el mismo poder. Pero, la felicidad no está en el poder, porque al ser la felicidad el bien perfecto, no puede provenir de ella ningún mal, para nadie, ya que el ser humano se ordena a la felicidad por principios interiores, puesto que por la misma naturaleza está hecho para ella.

¹³⁷ Gastaldi, Ítalo, op. cit., p. 66.

Sin embargo, todos y cada uno de los seres humanos pasan la vida buscando la felicidad eterna, el ser siempre felices. Se busca algo que nunca se acabe, una felicidad infinita que sea capaz de llenarles. En el interior del ser humano existe un afán de felicidad y de realización que es parte de la naturaleza humana. Esta felicidad, tan ansiada, es difícil de encontrar y muchos se desvían en su búsqueda poniendo la felicidad en cosas o personas que nunca van a dar la satisfacción plena.

Ya que la felicidad plena sólo la encontramos en Dios, cuando somos capaces de mirar al otro como un hermano o una hermana, cuando ponemos nuestra confianza en Él y no en nuestras fuerzas, cuando somos capaces de devolver la dignidad al excluido, al pobre y dejamos de pensar egoístamente en nosotros mismos.

Ser feliz, desde el pensamiento filosófico, ha sido una cuestión vinculada al problema moral, como hemos expuesto anteriormente, porque está ligada a las costumbres, al hacer, al vivir con otros. El filósofo se debate entre una propuesta hedonista y una propuesta eudemonista, en la que el hombre busca la felicidad en el placer o encuentra la felicidad en el ejercicio de la virtud. Pero no puede haber una vida feliz sin la prudencia, la bondad y la justicia, puesto que las virtudes son connaturales a la vida feliz. Por lo tanto, el ser humano llamado a ser feliz, podrá serlo en la práctica de la virtud que le hace trascender y sólo así podrá ser feliz a plenitud en la presencia de Dios.

La vida del ser humano está abierta y dirigida hacia realidades que lo trascienden. El ser humano no debe estancarse en determinado modo de vida, es capaz de descubrir realidades superiores, alcanzar la felicidad por la que se siente atraído. Por lo tanto, la trascendencia está en cierto modo detrás del ser humano, en el origen de su vida y de su conocimiento. Por eso, el ser humanos encontrará la verdadera felicidad solamente cuando trasciende su finitud. Y esta auténtica trascendencia nunca será alcanzada por la reflexión metafísica, sino por la experiencia de la mística, donde el ser humano se convierte en pura apertura al Misterio y encuentra la verdadera felicidad en Dios.

La felicidad indica plenitud, y Jesús nos presenta el camino de las bienaventuranzas como el medio para llegar al Padre y vivir la felicidad eterna, que consiste en ser felices sin

afectar a los demás, ni abusar de los demás, sino renunciar a sí mismo para ser merecedores de esa felicidad.

Las bienaventuranzas están dirigidas a todo el mundo, en el presente y en el futuro, por lo que exige ser discípulos y discípulas. Y sólo se puede entender y vivir siguiendo a Jesús, caminando con Él. Las bienaventuranzas nacen de la mirada dirigida a sus discípulos, describe –por así decirlo– de su situación real de pobres, hambrientos, sufridos y perseguidos. Son como las cualidades prácticas, pero también teológicas, de los discípulos, de aquellos que siguen a Jesús, de quienes serán plenamente felices.

Las bienaventuranzas son una exposición de situaciones y de actitudes ante la vida, que permiten entender el Evangelio y entusiasmarse con las palabras de Jesús. Pero, al tratarse de valores que estima Jesús, no cabe duda que las bienaventuranzas se conviertan en un modelo de vida que debemos esforzarnos por imitar para alcanzar la felicidad.

Las bienaventuranzas son una paradoja que invierten los valores porque, precisamente, lo que según criterio del mundo son considerados pobres y perdidos son los realmente felices, los bendecidos, los que pueden alegrarse y regocijarse, no obstante sus sufrimientos. Las bienaventuranzas son promesas en las que resplandece la nueva imagen del mundo y del hombre que Jesús inaugura. Son promesas escatológicas, pero no debe entenderse como una felicidad que se alcanzará en un futuro infinitamente lejano, sino una felicidad que ya empieza aquí y ahora, en el momento en que el ser humano empieza a mirar y a vivir a través de Dios, cuando caminamos con Jesús y hacemos nuestros sus criterios de vida.

Jesús, con su vida y misión, nos muestra el camino. Es más, las bienaventuranzas se concretan en su persona; Él es la bienaventuranza absoluta. No son las normas legales, sino los criterios de amor lo que debemos asumir en absoluta libertad. Allí empieza la vivencia de la felicidad. Las bienaventuranzas son la presencia viva, en el corazón humano, del Reino de Dios.

El Reino de Dios es la categoría fundamental del mensaje de Jesús que vino a anunciar a los pobres la liberación, quienes por no tener nada ponen su confianza en Dios.

Es decir, son personas que poseen una actitud de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Son pobres por una decisión personal y no sólo por una necesidad. Ellos son felices por saber que Dios les pertenece, que Dios es su modelo, porque Él es Padre, Protector y única posesión. Él es su único Señor.

Las bienaventuranzas no son afirmaciones temporales, sino que están vinculadas internamente con la inauguración del Reino de Dios predicadas por Jesucristo. Él dice: *bienaventurados son los pobres, los afligidos, los perseguidos*, lo cual estaría en oposición a la experiencia humana; sin embargo, ellos son felices porque Jesús, y con Él su Reino, ya está presente en nuestras vidas.

A este respecto el Papa Francisco sostiene:

Las Bienaventuranzas... sólo se entienden si uno tiene el corazón abierto, se entienden por la consolación del Espíritu Santo, en cambio no se pueden entender sólo con la inteligencia humana. Son los nuevos mandamientos. Pero si nosotros no tenemos el corazón abierto al Espíritu Santo, parecerán tonterías. Pero, mira, ser pobres, ser humildes, ser misericordiosos no parece algo que te lleve al éxito. Si no tenemos el corazón abierto y si no hemos saboreado aquella consolación del Espíritu Santo, que es la salvación, esto no se entiende. Ésta es la ley para aquellos que han sido salvados y que han abierto su corazón a la salvación. Ésta es la ley de los libres, con aquella libertad del Espíritu Santo¹³⁸.

Para vivir las bienaventuranzas se necesita un corazón libre como el de Jesús, quien en absoluta libertad realiza su misión desde los pobres. Jesús vino no solamente para salvar a los pobres, sino a todo el mundo. Pero, precisamente porque vino a salvar a todos, se situó al lado de los pobres, porque el lugar del pobre es el único lugar universal. Él, que no tiene donde reclinar la cabeza (Cf. Mt 8,20), es el auténtico pobre, porque la forma auténtica de optar por los pobres es hacerse pobre: “*Venid a mí, porque soy manso y humilde de corazón*” (Cf. Mt 11,29). Jesús nos muestra el camino para alcanzar la verdadera felicidad.

Los pobres son los predilectos de Jesús, y siguen siendo mayoría en nuestra sociedad, la misma que ha contribuido a diseñar un nuevo ideal humano: pasar de ser

¹³⁸ En línea: <http://www.zenit.org/es/articulos/las-bienaventuranzas-se-entienden-con-un-corazon-abierto>
Acceso el 18 de noviembre de 2013.

personas creadoras a ser personas consumidoras, ya que consumir productos o servicios se ha convertido en una señal de identidad y prueba de nuestra propia felicidad. Junto a nuestro afán de poseer, se percibe a nuestro alrededor una multitud de personas que apenas pueden sobrevivir con lo que tienen, y no cuentan con medios y recursos para llevar una vida digna, es decir son pobres.

Por lo que Jesús nos invita no sólo a optar por los pobres, sino a optar por vivir la pobreza, es decir tener espíritu de pobre, ser pobre por una decisión personal y no sólo por necesidad. Los pobres son felices por saber que Dios les pertenece, Dios es su modelo, Él es su Padre, su protector y su única posesión. Sin embargo, ser pobre implica grandes renunciaciones, incluso a uno mismo, a fin de ser libres para servir. En otras palabras, es tener libertad para la misión como sostiene el Papa Francisco: *“la verdadera libertad nace del abrir la puerta del corazón al Señor”*¹³⁹; es tener confianza extrema en Dios, hasta lograr entender el poseer sólo como un servicio. Y, frente a la cultura del tener, se debe contraponer la cultura de la libertad interior, creando así las condiciones de la justicia social.

Entonces, se puede decir que las bienaventuranzas son una clara propuesta de Jesús para vivir en comunión con Él, para alcanzar la auténtica felicidad y para estar abiertos a su Espíritu. *“Los bienaventurados están más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la Santidad”* (LG, 49). Jesús de Nazaret nos muestra el camino y nos invita a acoger su estilo de vida. Las bienaventuranzas son señales que la Iglesia debe reconocer y acoger como modelo; son orientaciones para el seguimiento que afectan a cada fiel, si bien de modo diferente, según su vocación específica.

Todos y todas estamos llamados a hacer este camino con Jesús para alcanzar la verdadera felicidad. Quien acoge con radicalidad este programa de vida, encuentra la fuerza necesaria para colaborar en la edificación del Reino de Dios, ser instrumento de salvación, y alcanzar su verdadera felicidad.

¹³⁹ Ibidem.

V. BIBLIOGRAFÍA

1. BIBLIA DE JERUSALEN, Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1999.
2. BIBLIA DEL PEGRINO, Bilbao, Ega-Mensajero, 1995.
3. VATICANO II, Madrid, Ed. BAC, 1982.
4. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Conferencia Episcopal Colombiana, Bogotá, 1992.
5. CELAM, *Las cuatro conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano*, Bogotá, 2004.
6. DOCUMENTO CONCLUSIVO DE APARECIDA, Bogotá, 2ª edición, ECEE, 2007.
7. PAPA FRANCISCO, *Exhortación Apostólica "Evangelii Gaudium"*, Quito, Ed. Don Bosco, 2013.
8. ABBA, Giuseppe, *Felicidad Vida Buena y Virtud*, Barcelona, EIUNSA, S.A., 1992.
9. BROWN, R, FITZMYER, J, MRPHY, R (eds.), *Comentario Bíblico Latinoamericano San Jerónimo, Nuevo Testamento*, Navarra, Ed. Verbo Divino, 2003.
10. CARAVIAS, José, *El Dios de Jesús*, Colombia, CISASE, 1985.
11. CARRASQUILLA, Federico, *Escuchemos a los pobres*, Medellín, CISASE, 1996.
12. COMTE, André, *La felicidad*, Barcelona, Ed. Paidós, 2001.
13. DE AQUINO, Tomas, *Suma Teológica*, Tomo II, Parte I- II, Madrid, BAC, 1959.
14. ECHEVERRI, Arturo, *Las Bienaventuranzas*, Iglesia No. 81, Bogotá, Ed. Carrera, 1988.
15. FLECHA, José, *Las Bienaventuranzas, caminos de felicidad*, Madrid, BAC, 2011.
16. FREIRE, Paulo, *Pedagogía del Oprimido*, Montevideo, Tierra Nueva, 1970.
17. GONZÁLEZ, Luis, *Ética*, Bogotá, Ed. El Búho, 3ra. edición 2003.
18. GASTALDI, Ítalo, *El Hombre un Misterio*, Quito, Ed. Don Bosco, 5ª. edición, 2001.
19. GUTIERREZ, Gustavo, *El Dios de la Vida*, Perú, Sígueme, 3a. edición, 2004.
20. HAAG, H, VAN DEN BON, A, DE AUSEJO, S, *Diccionario de la Biblia*, Barcelona, Ed. Herder, 10^{ma}. Edición, 2000.
21. JEREMÍAS, Joachin, *Teología del Nuevo Testamento*, Salamanca Sígueme, 1980

22. LÓPEZ, Francisco, *Las Bienaventuranzas, ley fundamental de la vida cristiana*, Zaragoza, 7^ma. edición, 1962.
23. MERINO, José, *Historia de la Filosofía Medieval*, Madrid, Ed. BAC, 2001.
24. NAVARRO, J. y CALVO, T., *Historia de la filosofía*, Madrid, Ed. Anaya, 1990.
25. NOLAN, Albert, *Jesús Hoy*, Santander, Ed. Sal Terrae, 2007.
26. PONTIFICIO CONSEJO “Justicia y Paz”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Quito, Ed. de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, 2005.
27. RAHNER, Karl, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona, Ed. Herder, 1984.
28. RATZINGER, Joseph, *Jesús de Nazaret*, Bogotá, Ed. Planeta, 3^{ra}. edición, 2007.
29. RUSSELL, Bertrand, *La conquista de la felicidad*, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1978.
30. Revista Concilium 5/95
31. SICRE, José, *El cuadrante, Introducción a los Evangelios*, Navarra, Ed. Verbo Divino, 9^{na}. edición, 2009.
32. SOBRINO, Jon, *Resurrección de la Verdadera Iglesia*, Santander, Ed. Sal Terrae, 2^a. Edición, 1984
33. STAAD, Karl, *Cartas a los Tesalonicenses, Cartas de la Cautividad*, Barcelona, Ed. Herder, 1974
34. SULLIVAN, Kathryn, *Conoce la Biblia, Nuevo Testamento*, Santander, Ed. Sal Terre, 1965.
35. TIerno, Bernabé, *Valores Humanos*, Madrid, Taller de Editores S.A. 5^{ta}. Edición, 1995.
36. VERNEALUX, Roger, *Textos de los grandes filósofos*, Barcelona, Ed. Herder, 1988.
37. <http://www.zenit.org/es/articulos/las-bienaventuranzas-se-entienden-con-un-corazon-abierto> (18/11/2013).
38. http://www.vatican.va/holy_father/francesco/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium_sp.html(28/11/2013)
39. http://www.mercaba.org/Pastoral/R/revision_de_vida.htm (23/01/2014).